

1871

Madre Maria Eugenia sigue siempre en Nîmes. El Noviciado queda en Sacconex hasta finales de febrero. Después se va en parte a Niza, en parte a Nîmes, y se reconstituye en Niza en agosto.

- *18 de enero: El Imperio prusiano es proclamado en Versalles.*
 - *28 de enero: París capitula después de cuatro meses de asedio.*
 - *26 de febrero: Firma en Versalles de los preliminares de paz. La Alsacia y la Lorraine pasarán Prusia.*
 - *17 -18 marzo: Motines en París.*
 - *28 marzo: Proclamación de la Comuna.*
- *7 de mayo: Último Capítulo de Madre Maria Eugenia en Nîmes.*
 - *21 - 28 de mayo: Semana sangrienta. Ejecución de 480 rehenes, entre los cuales el Arzobispo de París, Monseñor Darboy. Final de la Comuna. Numerosas ejecuciones y deportaciones de Comunerros.*
 - *10 de mayo: Tratado de Francfort que pone fin a la guerra.*
 - *2 de junio: Regreso a París donde las hermanas han beneficiado de la generosidad del Padre Picard en Auteuil asediado. Después de la Comuna, los lugares están en un estado deplorable. Las hermanas dispersas regresan al final del mes. (Cf. Orígenes IV, C. XIII - XV)*
 - *16 de julio: Primera instrucción de Capítulo después de los acontecimientos, procesión de reparación por las profanaciones.*
 - *Monseñor Guibert sucede a Monseñor Darboy como Arzobispo de París.*
 - *6 de Septiembre: Comienzo del retiro de la Comunidad, predicada por el Padre Esbach, del Seminario Francés de Roma.*
 - *Noviembre: Semana de reunión con las Superiores " para tratar de los deberes y las relaciones de las Superiores locales y poner más unidad en los principios y las acciones".*

αααααααααα

SOBRE LA MODESTIA

Nîmes, 2 de enero de 1871

Mis queridas hijas,

Quisiera hacerles una pequeña observación sobre el tema de la modestia, ese sello de toda buena educación. Utilizo la palabra de modales y no de modestia religiosa. Aunque los dos sean " primos-hermanos ", el segundo tiene un sentido más grande. Quisiera hablarles especialmente de esa buena conducta exterior que conviene a toda religiosa y que está lejos de ser indiferente a la perfección porque vemos a los santos darle una tan grande importancia y que el Padre d'Alzon tiene tanto en verla en los suyos. Voy a considerar la modestia en dos puntos de vista solamente, aunque hay una infinidad de otros aspectos:

1° Como un medio de estar habitualmente en presencia de Dios, esta presencia en que se dice en el reglamento que las hermanas deben siempre progresar y que se manifiesta hacia afuera por las maneras dulces y ordenadas. La modestia es quizás lo que más falta en nuestra época; y lo que Dios, créanme, quiere sobre todo corregir, es abandono y descuido, ese descaro en el que han caído tanto las mujeres hasta de los altos rangos, que no tienen modestia en sus maneras de vestirse, sin modestia en sus conversaciones. Los caracteres han caído en todas las bajezas de lo cómodo y de lo agradable.

2° En este punto de vista, la obra de celo que nos ocupa nos obliga más que a las demás, queridas hermanas, a esa modestia perfecta, a esa reserva en el uso que hacemos de las cosas, a esas buenas maneras que debemos enseñar a las niñas, y que no podrán ni exigir, ni obtener de ellas si no les dan ante todo el ejemplo. Esta observación está hecha a causa de algunas de ustedes, que tienen unas maneras un poco desvueleltas y no pueden en consecuencia dar a las jóvenes una buena educación que ellas mismas no tienen. No quisiera que se vuelvan tiesas o ampulosas, pero más vale ese defecto que lo opuesto para esas jóvenes. Y no creo que el asunto de la modestia, a los ojos de la gente del mundo, vale más exceder que no demostrarlo bastante.

Estamos muy lejos en las maneras actuales de las de nuestras abuelas. La señora de Maintenon que se conocía en educación decía que la joven mejor educada era aquella que menos se movería. Yo diría también que la religiosa que tiene modestia no se mueve sin cesar, no se toca la cara, evita las maneras de reír demasiado fuerte y las carcajadas escandalosas.

Yo creo, hermanas, que es necesario insistir mucho en el buen comportamiento de las niñas, es una cosa muy importante para ellas. Una joven que tienen modestia en su exterior será siempre respetada en el mundo y estará resguardada de muchos peligros. Una joven que tiene modestia en su exterior se respetará y tendrá siempre un gran dominio de sí misma.

Les recomiendo, queridas hijas, tener mucha atención a esa modestia; cierto no quiero destruir la libertad, la alegría y la sencillez de nuestras relaciones en los recreos. Conocen a muchas hermanas nuestras en la Congregación que, teniendo un comportamiento irreprochable, han conservado su alegría y que con quien las relaciones han sido siempre muy agradables. Esfuércense en imitalas y adquirir esa reserva, esa posesión de ustedes mismas que les ayudará tanto a caminar en la presencia de Dios.

αααααααααα

DE LA ORACIÓN

Nîmes, 15 de enero de 1871

Mis queridas hijas,

Quiero hablarles hoy de la oración. Nuestra ocupación principal en este tiempo debe ser, orar. He estado muy contenta de saber que Monseñor Gay había hablado a nuestras hermanas de Poitiers en una instrucción a que había hecho sobre las condiciones de la oración y sobre las demoras que Dios pone a responder aquellos que rezan. Las condiciones que indicaba Monseñor Gay, no se cuáles han podido ser. Pero sé que hay dos condiciones esenciales en toda oración sobre las que puedo insistir con seguridad.

La primera es de orar en espíritu de adoración sometiendo por adelantado a lo que Dios quiera pedir y reconociendo su sabiduría, su infinita bondad y sus derechos soberanos sobre nosotras. Esta disposición nos ayudará seguramente a soportar el retraso de las gracias que queremos obtener, pero esto no es suficiente. No sería bastante filial, ni bastante llevarlas hacia Dios que es sobre todo nuestro Padre.

Es necesario además rezar con confianza, con la sencillez del niño que pide a su madre las cosas de las que creo tener necesidad.

"¿Acaso alguno de ustedes sería capaz de darle a su hijo una piedra cuando le pide pan? ¿Les da una culebra cuando le pide un pescado?"¹

"Pues si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a quienes se las pidan!"²

"Les aseguro que si tienen fe y no dudan, no solamente podrán hacer que le hice a la higuera, sino que le dirán a este cerro "Quítate de ahí y arrójate al mar", y así sucederá..."³

Vean María en las bodas de Cana, cuando hubo recibido de Nuestro-Señor esa respuesta tan dura en apariencia:

"¿Mujer, que es lo que hay entre nosotros?"⁴

Esta palabra ha sido traducida diferentemente: "¿Que nos importa a ti y a mí?" o "¿Que es lo que hay de común entre tu y yo?"

Me gusta mejor detenerme en la primera de esas interpretaciones, hermanas. Poco importa la que escojan, la respuesta de Nuestro Señor a su madre parece una negativa, y sin embargo la confianza no desfallece en el alma de María:

"Hagan todo lo que él les dirá."⁵

Nuestro Señor ha hecho con frecuencia esperar a sus amigos el efecto de sus oraciones durante su vida mortal. Nosotras podemos así y debemos siempre pedir a Dios lo que necesitamos como lo pediríamos a la persona que amamos mucho; exponerle con una inmensa confianza todos los dolores que sufrimos, los males de aquellos que están desposeídos, cautivos, de aquellos a quien uno arranca la patria y la vida. Pero si Dios tarda a dar a nuestra oración, sepamos confiar, esperar y decir: "Hagan todo lo que él les dirá."

Después de la confianza de la oración, la perseverancia. Acabo de hacer un momento la oración de la Santísima Virgen como el modelo de lo que debe ser nuestra oración. Hay todavía otra cosa que señalar en la vida de la Santísima Virgen, es que ha sido testigo de todas los sufrimientos de su Hijo: extremo de las humillaciones, extremo del abandono, extremo del dolor y en fin de la muerte. Sabía que esos sufrimientos a los que veía a Jesús reducido serían las fuentes fecundas de la salvación del mundo, y su oración era perseverante.

¿Quién se atrevería a decir que esa oración ha sido interrumpida un instante en el corazón de María desde la agonía del Salvador hasta la Resurrección? Ella suplicaba Dios hacer misericordia al mundo y la salvación del mundo salió no de esa oración, porque Jesucristo lo hizo, sino de esos dolores extremos a los cuales la Santísima Virgen veía reducido

¹ Mt 7,9-10

² Jn 16,23

³ Mt 21,21

⁴ Jn 2,4

⁵ Jn 2,5

a su Hijo.

No dudemos, Hermanas, que de los males extremos donde vemos a Francia, Dios no sepa sacar el bien. Pongámonos a menudo en esas disposiciones de fe y de esperanza que llenaba el corazón de María entregada a todas las angustias. Recemos más bien que dejarnos ir a las palabras de irritación que no serían quizás no muy culpables, pero que no tocarían seguramente el Corazón de Dios. Me parece que la oración que sube lo más naturalmente a los labios en este momento es esta: " ¡Jesús mío, misericordia! " Si, misericordia cuando y como él quiera.

Quizás hasta ese día Dios no nos concederá porque no hemos comprendido bastante la tarea que nos es hecho de rezar sin cesar. Debéramos siempre tener la oración en el corazón o sobre los labios, en todo momento. Es eso lo que nos salvará y nos dejará esperar que, de esta agonía a la cual vemos sucumbir nuestra nación antes tan querida por Dios, hoy castigada porque se ha separado de Él, Él sabrá levantarla y la resucitará.

αααααααα

SOBRE EL SILENCIO

Nîmes, 14 de marzo de 1871

Mis queridas hijas,

Estoy bien contenta de la lectura que acaban de hacer de la Regla, me lleva a insistir sobre un punto en el cual pongo la mayor importancia: el del silencio qué es el alma de una vida de oración. San Liguori entre otros que leía en estos días quiere que las religiosas supriman toda palabra inútil. Cuántas de entre ustedes tienen dificultad en recogerse, en hacer su oración, porque tendrían que reprocharse sobre este tema.

EL silencio sin embargo, como cualquier punto de la Regla, no nos obliga bajo pena de pecado, ni siquiera bajo pena de culpa. Si faltan al silencio, incurren en una pena que llevaría a sufrir en este mundo o en el otro, y para reparar esta falta delante de Dios y delante de los hombres tienen la acusación, las culpas, las penitencias. Así sus conciencias pueden descargar.

Pero si no son fieles al silencio, créanme, hermanas, que se privan de las gracias que Nuestro Señor reserva a la oración. Entonces pasa, como el Padre Laurent les decía esta semana, que la oración que debe purificarnos, santificarnos, unimos a Nuestro Señor, a menudo no da frutos en nosotros y salimos de la oración tan pobres como cuando entramos. Creo hermanas, que esto no sucedería si el silencio fuera mejor guardado.

Están obligadas primeramente al gran silencio que es necesario guardar lo más estrictamente posible, después hay que guardar el silencio a lo largo del día en los empleos, las ocupaciones. Por lo que es de este último silencio, no digo que no pueda observarse, al mismo tiempo decir una palabra agradable, preguntar a una hermana si sufre o desea alguna cosa, siempre y cuando sea por caridad o por la utilidad que uno habla, para los demás y no para uno mismo, como ciertas personas que están encantadas de tener una ocasión de distraerse y de extenderse en conversaciones.

Es también muy fácil tomar como falta al silencio el pretexto de las niñas, pero no hay que confundirse. Cuanto menos uno habla con ellas mejor las educamos; cuanto menos uno habla cuidando un estudio, un dormitorio tendrá más éxito. No hablen mucho, incluso para dar los mejores consejos. La maestra que, con buenas intenciones sin duda, habla a una niña por la mañana, luego por la noche para consolarla; hoy porque es la víspera del día de comunión, luego por esto o por aquello, a toda ocasión en fin le hace pequeños sermones, una tal maestra hará poco bien a esa niña. Pero aquella que la vea raramente, le dará sabios consejos, le enseñará sobre todo a hacer su deber de cristiana, de niña y más tarde de joven, aquella le hará un gran servicio.

Con frecuencia he comparado una niña a otra y constato que la diferencia que había entre tal y tal otra venía de la dirección que cada una había recibido. La que había sido educada por una maestra sobria en palabras tenía más energía, más espíritu de sacrificio que aquella que, acostumbrada a uno le hable sin cesar, estaba sobre todo ocupada de ella y de todo lo que le tocaba de cerca. La diferencia es sensible, sea que esas niñas se queden en el mundo, ya sea que vengan a la vida religiosa.

Aquellas que ha sido educadas por una religiosa que dice muchas palabras, una vez en el convento quieren sin cesar que den vueltas alrededor de ellas y vueltas alrededor de ustedes, lo que no hace por consecuencia estar alrededor de Nuestro Señor. Si ellas se quedan en el mundo, son de las almas flojas, sin voluntad y de un carácter débil y miserable, de aquella que Monseñor Gay decía un día que estaban preparadas para ser la cruz de sus confesores. No crean pues útil hablar mucho, harán mucho mejor limitarse cuando estén con las niñas a lo que es estrictamente necesario. Ustedes se reservarán para Nuestro Señor, lo más que les sea posible, de esos silencios en los cuales su alma encontrará su fuerza y se unirá a Él.

Que cada una haga sobre ese tema un pequeño examen para ver primero lo que ella puede suprimir a sus palabras y enseguida lo que puede hacer por el interés de las niñas tanto en el suyo propio para evitar llevarlas a la "habladuría" y a la disipación, cosas dañinas a sus almas y a las suyas.

αααααααα

LA RÉSURRECCION

Nîmes, domingo 16 de abril de 1871

Mis queridas hijas,

Los misterios de la Resurrección son una mina fecunda de enseñanzas para nosotras. Encuentro en los Evangelios de estos días tantas cosas que convienen a un alma religiosa que yo no sé por donde comenzar. Veamos primeramente las santas mujeres en el sepulcro de Nuestro Señor, se mantienen allí a la entrada no atreviéndose a entrar. Su amor tan tierno, tan fiel, tan insistente, les retiene cerca del cuerpo del Señor. Lloran sobre sus sufrimientos, su muerte, pero ¿es qué ellas esperan que él resucité pronto? ¿Creerían en su divinidad, siempre unidas al cuerpo ya separado del alma, les retenía sin duda a pesar de ellas cerca del Maestro? No es la opinión de los Padres de la Iglesia y Bossuet dice: "La Iglesia no vivía nada más que en el Corazón de Maria, ese sábado que fue para ella tan largo, tan profundamente doloroso, pero también tan lleno de meritos, pues ella sola creía todavía, y la fe, es la vida de la Iglesia".

Hermanas, más dichosas que las santas mujeres, tenemos en el Sagrario Nuestro Señor vivo, su alma, su divinidad, su cuerpo glorioso y resucitado. ¡Cuáles no deberían ser nuestras preparaciones, nuestros santos deseos, nuestras lágrimas y nuestro amor cuando vamos a la adoración del Santísimo Sacramento. Yo sé que la oración no es fácil, a menudo las palabras faltan para entretenernos con Nuestro Señor porque el no nos da nada que decirle. Pero incluso, existe la costumbre de los actos de fe, de esperanza, de caridad, en la renovación de sus santos votos, en las palabras del Credo y las siete peticiones del "Padre nuestro", un medio más que suficiente para una esposa de Jesucristo de unirse a Él en la oración.

Cuando los Judíos, los guardas obligan las santas mujeres a alejarse de la tumba el día del Sabbat, sus pensamientos, sus ocupaciones son todavía para su Divino Maestro. Las encontramos al siguiente día, muy de mañana, llevando los aromas que habían preparado para embalsamar su cuerpo. Su amor les vuelve vigilantes y su merito de ver las primeras a su buen Maestro resucitado. Igual para nosotras, hermanas, cuando no estamos ya a los pies de Nuestro Señor, es necesario que nuestros corazones permanezcan, y nuestras intenciones, nuestro amor vaya a encontrarlo, que todas nuestras obras sean todavía para Él.

Consideramos ahora la persona de Jesús resucitado. Bourdaloue dice que la vida religiosa es a la vida humana lo que es a la vida mortal de Nuestro Señor el tiempo que pasa sobre la tierra después de su resurrección. Es un estado muy elevado por encima de los sentidos, Nuestro Señor no está ya sometido a las necesidades de la naturaleza, es una vida espiritual. Nuestro Señor apareció a sus Apóstoles, sus apariciones son raras, pero todas llenas de gracias. Entonces es cuando se cumplen las mayores cosas que conciernen a la Iglesia, que da las llaves a san Pedro, a los apóstoles el poder de perdonar los pecados. Sopla sobre ellos su Espíritu, instituye los Sacramentos, en una palabra funda su Iglesia.

Es la opinión de los Padres de la Iglesia que Nuestro Señor ha querido todavía en este tiempo dar a las almas religiosas el ejemplo de esta vida superior, sobrenatural a la que él las llama. Nosotros debemos trabajar a elevarnos sin cesar, dejando poco a poco detrás las cosas de aquí abajo, las cosas que pasan. De una fiesta de la Resurrección a la otra deberíamos progresar en ese desprendimiento, a fin de llegar a nuestra última resurrección no tengamos ningún lazo que nos retenga a la tierra, estando sin cesar elevadas por encima de lo creado.

Hablo, hermanas, a las hermanas jóvenes, a otras que no lo ya son. Las primeras sin duda, y es natural, tienen más prisa, sienten más vivamente las humillaciones, las contradicciones y tienen más dificultades en ese estado de resurrección porque para resucitar, es necesario morir! Las hermanas más antiguas, porque son las que se acercan más al término, tienen menos penas a desprenderse, las cosas exteriores las afectan menos, ellas no se ofenden fácilmente, dejan sin dificultad caer las cosas desagradables de la naturaleza. Es que el misterio de la Resurrección de Jesucristo se opera en ellas. Nuestro Señor las renueva con su gracia porque durante más tiempo han buscado las cosas de arriba, Dios se convierte cada vez más en su único objetivo.

Habrán podido notar esto en las hermanas en el momento de la muerte, como ellas están despreocupadas de lo que pasa alrededor de ellas, libres, desprendidas de lo que es de la tierra, unidas a Dios y no buscando más que Él sólo. Es uno de los grandes beneficios de la vida religiosa no tener en ese último momento ninguna preocupación de las cosas de la tierra, para no ocuparse más que de Dios.

A menudo hago en mi espíritu esa comparación entre las religiosas y la gente del mundo. Estos, en esos momentos

que aunque lo quisieran, tienen poca facilidad para ocuparse de las cosas de Dios. Los bienes de la tierra, los intereses de la tierra, el cuidado de sus familias los absorben. Hasta en el lecho de muerte se les habla de sus negocios, del testamento, etc, qué sé yo, de esos mil cosas que pronto para ellos no serán que vacío, y a penas pueden ellos encontrar una media-hora para confesarse, pensar en Dios y prepararse a la eternidad! Para nosotros al contrario cada día trabajamos en separarnos de lo creado, en dejar algo de nuestro amor-propio, de nuestras preocupaciones, de nuestros deseos, para vivir de esta vida nueva de la que Jesucristo resucitado nos ofrece el modelo.

No sé si habrán visto, queridas hijas, cuántas palabras de las epístolas de san Pablo que leímos ayer en las primeras lecciones del Oficio están en perfecta armonía con el misterio de la Resurrección.

"Busquen las cosas de arriba, saboren las cosas de arriba"¹

Y un poco más lejos:

"No hay entre ustedes ni griego, ni bárbaro, ni hombre libre, ni liberado, etc."²

Sería bueno que entre nosotras fuera así, que no dijese: "Yo soy así, tengo un tal carácter, yo no puedo cambiar, no puedo soportar tal hermana desagradable....". Elevemos nuestros pensamientos por la fe. Somos unas treinta hermanas aquí, en cincuenta años sin duda ninguna de nosotras no será de este mundo, seremos una asamblea de predestinadas y ya lo somos.

¿Habrán reflexionado algunas veces que sus hermanas son una sociedad de elegidas, llamadas por Dios para una opción toda especial a un estado de perfección y destinadas a ocupar los tronos en la Jerusalén celestial? Cuando hayan sido purificadas en el orden querido por Dios, las unas por los sufrimientos más o menos largos aquí abajo, las enfermedades, las penas, las contradicciones, otras por las llamas del Purgatorio o por esto que vale mil veces más, por el constante amor que habrán puesto en sus obras y la fidelidad a seguir todos los movimientos de la gracia.

Si pensaran con más frecuencia, hermanas, en la gloria que esperan a esas almas en el cielo, a la belleza que adquieren por ese trabajo continuo de renovación, con que amor no soportarían aquellas que por el momento les parecen desagradables. Como todas las pequeñas fricciones del amor-propio caerían, como olvidarían lo que es de la naturaleza para no ver en sus hermanas más que lo que ha puesto la gracia y que debe manifestarse en ellas después de un cierto número de años de trabajo y de purificación. Cada una de nosotras aquí abajo es un embrión, un esbozo de donde debe salir una criatura nueva y muy perfecta, Jesucristo que se manifestará en nosotros en la gloria.

Durante esta vida, es la transformación. ¡Miren el gusano antes de ser una magnífica mariposa! Pobre gusano, cuántos disgustos tiene en este mundo! No le gusta verla en la mano, uno dice que es feo, desagradable, se camina sobre su cola..... y el gusano se deja hacer. Pero pronto se convertirá en una brillante mariposa, así es de nosotros. Aceptamos ser tratadas de cualquier manera, humilladas, contradichas, siempre y cuando tengamos alas y que vayamos a Dios! Hagamos la economía de nosotras si se presenta una cosa más desagradable a soportar, acostumbremos a decir: Solamente soy yo! ¿y qué importa si no es nada más que yo? Bien poca cosa".

Hermanas, cuando todo les sucediera según sus deseos, cuando tuviesen una existencia más feliz en esta tierra, la estimación, la admiración, el afecto de las criaturas, cuando fuesen dotadas de una inteligencia y de talentos extraordinarios, cuando dierais a sus inteligencias todo el desarrollo que una criatura humana es capaz, ¿Qué les quedará de todo eso en cincuenta años? Esta bien, creo que el "nec plus ultra" de la existencia para las más jóvenes de entre nosotras.

¡Cuántos condenados cuya existencia sobre esta tierra parecía feliz, admiradas, envidiadas! ¿Para qué les sirve todo esto? El Anticristo tendrá las cualidades más brillantes y las más admiradas, su vida estará llena de gloria y muchas almas serán seducidas por sus milagros. ¿Qué le quedará de todo ese prestigio, sino de ser después de Lucifer el primer rebelado?

Para los santos al contrario, y les citaré que un ejemplo, Dios escoge con frecuencia la vía de los sufrimientos y del desprecio. Miren santa Germaine Cousin, no era más que una pobre joven del campo, despreciada por su madrastra que no le hablaba que para brutalizarla, que le tiraba apenas un pedazo de pan. Ella vivía debajo de una escalera en la casa de su padre, no teniendo otra compañía que los animales del rebaño que ella cuidaba. No era sabia. Llena de defectos, vivió así desconocida, despreciada del mundo, en la mira de todos los malos tratos y murió a los veinte cuatro años debajo de la escalera. Y esa pobre joven es ahora santa, poderosa cerca de Dios.

Con frecuencia he pensado, hermanas, que el tiempo después de la Resurrección de Nuestro Señor deberían ser meditados por nosotras particularmente como conviniendo perfectamente a nuestra vida en la Asunción. Después de todo ¿a qué la Asunción de la Santísima Virgen sino un misterio de transformación, de resurrección, el triunfo de la

¹ Col 3,1-2

² Col 3,11

naturaleza sobre la muerte, su unión a Dios? Es un misterio de desprendimiento gozoso, y ¿no es ese nuestro espíritu, hijas de la Asunción?

He oído decir que las religiosas de la Asunción parecen siempre alegres, joviales, y es muy sencillo. Si fuéramos hijas de la Compasión, podríamos estar tristes, pero siendo hijas de la Asunción, las lamentaciones, las lágrimas, los gemidos no nos convienen. Nuestros pensamientos, nuestros afectos están más alto en el cielo, ahí donde no hay ni lágrimas, ni tristezas. ¿Por qué en efecto entristecemos? ¿Por qué tienen defectos, dificultades, créanme que la tristeza les ayudará vencerse? He visto siempre aquellas que se dejaban ir progresar menos porque se ocupaban de sí mismas.

Habría, queridas hijas, muchas de otras cosas que decir de estos misterios de la Resurrección de Nuestro Señor, pero me detengo. Me parece que si se aplican a meditar los pensamientos que acabo de indicarles, eso no será sin un gran beneficio para sus almas.

αααααααα

SOBRE LA NECESIDAD DE LA SANTIFICACIÓN

Ultimo capítulo de Madre Maria Eugenia en Nîmes.

7 de mayo de 1871

Mis queridas hermanas,

En el momento de dejarlas, acabo de hacerlos observar con que rapidez pasa el tiempo, la necesidad de emplear para nuestra santificación cada uno de los instantes que nos son dados. Vean ¡cuántos acontecimientos graves y dolorosos llenan este año (tomando la mitad de 1870 y la mitad de 1871) se ha pasado rápidamente! Estos meses que he pasado en medio de ustedes y que son la más larga permanencia que yo he estado en una casa, me han parecido corto. Así se pasa la vida y de ahí la necesidad, de la santificar.

Después un año hemos visto morir cuatro hermanas, las unas con más edad, las otras menos. Una de entre ellas, Sor Louise Stanislas, ha sido llevada tan de repente que no hubo ni cinco días, seis cuando más, entre una perfecta salud y el juicio de Dios y la eternidad. Comprendan pues hermanas, la importancia y el precio del tiempo que Dios les da para prepararse a la eternidad.

Y esto me lleva a dos consideraciones: primeramente, que se apliquen a su santificación personal. No crean hermanas, que tengan que tener muchos consuelos, muchos sentimientos de Dios y como leía últimamente en un libro espiritual, que sea necesario sentir los toques divinos. No, Dios no les pide nada extraordinario y no las juzgará sobre ninguna de estas cosas, sino las juzgará sobre la exacta observancia de sus Reglas, sobre la fidelidad a sus votos, sobre el cuidado que habrán tomado a avanzar cada día hacia la perfección, sobre el celo que hayan tenido a todo eso que toca el servicio y la gloria de Dios, sobre la conformidad a Nuestro Señor Jesucristo, sobre el espíritu de humildad que es la primera lección que debemos aprender de El:

"Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón¹
sobre lo que habrán hecho en fin por la edificación de las almas.

En esto hermanas, nuestras hermanas coadjutoras no están exentas. Pueden por sus ejemplos, por la práctica de las virtudes que son más particularmente propias a su estado, ejercer sobre las niñas una muy buena influencia. Madre Marie-Walburge me ha dicho con frecuencia que Sor Marie-Ursule era mitad responsable en la conversión de las protestantes que han abjurado con nosotras. Su dulzura, su humildad, su mortificación marcaban y edificaban profundamente a las niñas y a las señoras internas que ella servía. Esto me lleva a la segunda consideración que quisiera proponerles.

Es que hermanas, ustedes no están solamente obligadas a santificarse. Tienen también deberes que llenar como formando parte de una familia, de una Congregación religiosa. Aquí abajo somos todos solidarios, dependemos los unos de los otros. La gente del mundo pertenecen a una familia que tiene necesidad de ellos, o a una corporación (soldados, abogados, médicos). Cada uno, a cualquier título que sea, tienen los deberes que les obligan frente a Dios y la sociedad: es ahí su regla. Cada individuo debe preguntarse si en el medio donde Dios lo ha colocado cumple en conciencia los deberes de su estado, y en la medida que se esfuerza en extender el reino de Dios y el espíritu de Jesucristo Nuestro Señor.

¡Cuánto más nosotras, que pertenecemos a una Congregación, a un cuerpo religioso, debemos examinar si llenamos los deberes a los cuales estamos obligadas como miembros de ese cuerpo! Vamos a tener que dar cuenta a Dios, hermanas, de lo que hayan descuidado a hacer, para mantener en este Instituto el espíritu de la Regla, el espíritu de los votos, en una palabra, el espíritu del Evangelio. Juzguen como un gran mal todo lo que podría debilitar entre ustedes el fervor de este espíritu y disminuir aunque sea poco la observancia de la Regla.

Sean de una exactitud minuciosa en todo lo que tiene que ver con las virtudes de pobreza, de obediencia, de castidad. Nombro hasta esta última virtud porque es fácil, aún guardando la esencia del voto, dejar introducirse usos que pueden traer después los relajamientos, tales como la facilidad a introducir extranjeros en la clausura, a prolongar y a multiplicar las conversaciones en el recibidor, a preferir ir al recibidor solas que acompañadas.

Las conozco bien a todas, queridas hijas, también por eso no es por ustedes a quienes hablo en este momento que temo estas cosas. Pero más tarde, otras vendrán que no conozco, que ustedes no conocen tampoco y para quienes esas mismas cosas serán quizás un obstáculo. Y una falta ligera puede llevar a una más grave. Así los abusos se

¹ Mt 11,29

introducen y que, de decadencia en decadencia, se llega a la ruina, a la pérdida del espíritu religioso. Es eso lo que les muestra la necesidad de observar cada punto de sus Reglas. Las prácticas que les recomiendan podrían parecerles algunas veces inútiles, exageradas. Crean que cada una de ellas tiene su importancia muy grande y que comprometerían el bien espiritual de la Congregación descuidando o negando someterse a ellas.

Me atrevo apenas recordar aquí lo que el Padre d'Alzon les ha dicho hablando de un cierto convento. No le estaba permitido a las mujeres entrar en el claustro, se las llevaban sobre las hombros para hacerles atravesar y conducir las al salón de baile! No es de un solo golpe que uno llega a eso, pero en fin uno puede llegar ahí y es la tristeza consecuencia del desprecio de la exacta observancia, primeramente en las pequeñas cosas, luego en las más grandes.

Uno cree también algunas veces que llega un momento en la vida religiosa donde una cierta libertad se permitía y es ahí una causa de decadencia. Juzguen lo que puede pensar tal joven religiosa que sale del Noviciado muy persuadida que ella debe obedecer muy respetuosamente y sin tardar a todos las órdenes que reciba, y que ve una hermana, buena en el fondo, pero que bajo el pretexto de actuar en confianza con su superiora, de hablarle con apertura, hace mil objeciones y contradicciones, o tal otra que es negligente en pedir un permiso, porque está muy segura que ese permiso no le será negado. ¿Qué idea la joven profesa se hará de la obediencia cuando ella la vea tratar tan poco seriamente por una hermana más antigua que ella en quién espera encontrar el ejemplo?

Tomemos la pobreza. Admitamos, si quieren, que no se trata más que de un pequeño objeto, un par de tijeras por ejemplo. Uno se dice: "Tengo necesidad, es indispensable. Nuestra Madre me lo permitirá, la ecónoma me lo da, yo puedo tomarlas", y se la toma. Y en otra ocasión uno se dispensará de otra cosa sin permiso, uno se hará comprar una bobería sin haberla pedido. No es nada, y sin embargo el abuso se introduce, la Regla perderá su fuerza. Aquellas que vengan después encontrarán el campo abierto, caminarán como ustedes y bajarán más todavía sobre esa pendiente rápida de la decadencia.

Hay en Roma un convento de Dominicos donde los Religiosos llegaron a tener su lavandera bajo el pretexto que tenían necesidad de tener los hábitos blancos y nítidos. Cada uno tiene su comida a parte, es aceptado, y es muy necesario porque no se lo dan. Una parte del dinero que reciben por sus Misas va para eso y hay mucha gente que se santigua viendo todos los días mujeres entrar en el convento, pero es necesario que las mujeres vayan y vengan para traer el ropa y la tasa de chocolate. Es la costumbre, no hay mucho de malo en eso, pero no puede impedir que la gente del mundo se escandaliza.

Al contrario siempre me ha impresionado los modales y la reserva de los Dominicos de la Provincia de Lyon. Cuando llego a encontrar uno de ellos, les he reconocido siempre un gran espíritu religioso, un celo visible por todo lo que toca a la gloria de Dios que uno no encuentra del mismo grado entre los Dominicos de las otras provincias. No quiero con esto negar que haya entre estos últimos hombres virtuosos y sabios, pero hay ciertamente una diferencia entre estos Dominicos de allá en lo que se refiere a la buena edificación y al fervor religioso y los Dominicos que tienen su lavandera y su negociante de chocolate.

Comprendan pues hermanas, cuánto importa que al santificarse ustedes, ayudan a establecer, a mantener en la Congregación lo que debe ser el verdadero espíritu sobrenatural, el espíritu de pobreza, de obediencia, de castidad, el espíritu de humildad y de celo, en una palabra el espíritu de Jesucristo y del Evangelio, recordando que un día Dios las juzgará sobre el fervor con el que ustedes habrán cumplido sus Reglas y se recompensará por los ejemplos que hayan dejado a aquellas que vendrán después de ustedes.

Dejen, queridas hijas, antes de dejarlas, pedirles perdón, y eso sencillamente. Me reprocho de no haberles edificadas bastante, durante todo este tiempo que he pasado con ustedes, no haber bastante trabajado a su santificación por mis ejemplos primeramente, eso es cierto, pues también no ocupándome bastante de sus almas, de sus progresos. No les he hablado bastante de Dios.

Soy naturalmente muy viva, quizás a menudo las he corregido con demasiada poca indulgencia, es necesario que me perdonenme. Pero estad bien persuadidas que el más íntimo deseo de mi corazón es el bien de sus almas, vuestra perfecta unión a Nuestro Señor.

El pensamiento que siempre me asusta cuando vengo a preguntarme si he hecho lo que debía por sus almas que Dios me ha confiado. Rezaran por mis omisiones. Que estas últimas palabras que acabo de decirlas reparen y estimulen a ayudarme con sus esfuerzos afin de que, cuando yo parezca delante de Dios, las cuentas que me pedirá sean más fáciles. No pueden hacer nada más que me sea más agradable.

SOBRE EL FERVOR

En el camino de regreso hacia Paris, Madre Maria Eugenia se detiene cerca de dos semanas a Lyon, pues no es posible todavía entrar en la capital.

Lyon, 13 de mayo de 1871

Mis queridas hijas,

Me siento urgida de hablarles sobre la necesidad de poner algo de más auténtico en nuestras vidas religiosas. Estamos consagradas a Dios, le pertenecemos, en toda nuestra vida debemos tender a la perfección. No sería pues responder a nuestra perfección contentarnos con una vida religiosa que sea puramente negativa.

Llamo vida negativa a la que conserva una cierta regularidad, donde no hay nada que choque ni escandalice en la conducta exterior. La regla está más o menos guardada, no se hacen grandes faltas, pero, hermanas, ¿es hacia eso que debemos tender? Ciertamente Dios no puede contentarse con una vida que lo honra tan poco! Es necesario que nuestros actos estén animados de fervor, de celo, de ardor por la gloria de Dios y la salvación de las almas, pues he ahí los dos grandes fines de nuestra vida.

Primeramente tiene que tener a Dios por objeto. Venimos de Él, regresamos a Él. Esta vista de Dios hará que tengamos un gran celo por todo lo que toca su culto, el honor de su casa. Nuestra atención por oír bien la Misa deberá ser mayor, nuestro cuidado por el Oficio más sostenido, nuestra vigilancia alrededor del Santísimo Sacramento más lleno de amor.

El segundo móvil de nuestra vida debe ser el celo de la salvación de las almas. Todas ustedes pueden y deben tenerlo, la última hermana coadjutora como maestra más ocupada con las niñas. Una hermana cocinera que ofrece por el bien de las almas su trabajo, su pena, el calor que la cansa, hace a menudo más que una hermana que actuará mucho, diera muchas lecciones porque ella tiene talento, pero lo hace sin pena, sin trabajo, para distraerse, pues puede ser que sin esa agitación ella se aburriría. He visto hermanas coadjutora edificar algunas veces mucho a las niñas por sus maneras humildes, dulces, mortificadas, sumisas.

Los empleos no son pues necesarios para estimular en nosotras ese celo. Poco importa lo que ustedes hagan. Deben hacerlo con ardor, con prontitud, con alegría, felices de estar llamadas a una vocación sí santa. Para edificar el prójimo, no es necesario hacer bellos discursos y como el Padre d'Alzon nos decía muy bien en sus conferencias en Nîmes, las palabras aclaran, el ejemplo arrastra.

Todas ustedes pueden procurar el bien de las almas por su ejemplo, no importa lo que hagan en la casa.

Si ustedes tienen ese celo de la gloria de Dios y la salvación de las almas, se les verá buscar siempre a hacer los más humildes servicios que pueden, aprendiendo con ardor todas las cosas que pueden serles útiles y que la obediencia se lo permita.

Deben imprimir en el espíritu de sus alumnas esos dos principios que acabo de enseñarles. Es necesario que al salir del convento estén animadas de ese doble espíritu y que a su vez, traten de extenderlo alrededor de ellas. Si la mujer en el mundo quiere quedarse cristiana, es necesario que tenga los principios, pues ella tendrá que soportar muchas penas, sufrimientos y decepciones que podrían sacudirla.

Para ustedes hermanas, Dios ha querido llamarlas a una vida más perfecta, saben esas palabras de Bossuet: "La Esposa de Jesucristo no llevará como dote más que su nada". Es reconociendo profundamente esa nada como Dios quiere que lo honremos y que nosotros trabajemos a su gloria.

αααααααα

Madre María Eugenia llega a Auteuil el 2 de junio. El 23 y el 24 de mayo, había escrito a Madre Marie Séraphine:

"Quisiera ver Auteuil antes que nada fuese reparado, con todas las marcas de la persecución; encontrar las marcas de las bombas reventadas, las balas, los desperfectos que son las cicatrices de sus sufrimientos por Nuestro Señor. ¿Qué teman por mi regreso? Estoy más angustiada lejos de ustedes.

Lo que lamentaría más en Auteuil, sería las pinturas y los dibujos que son recuerdos de nuestras hermanas muertas; pero es lo que ellos habrán deseado menos. Todo lo que era más precioso al servicio de Dios ha sido conservado; lo demás se arreglará, la Providencia lo proporcionará. Espero de todas las hermanas esta participación en los sufrimientos de la Iglesia va ser un principio de vida religiosa toda santa, toda fuerte" (Orígenes IV, pág. 335, ed. 1902).

ENTREGARNOS GENEROSAMENTE A LA VIDA RELGIOSA

Primer Capítulo de Madre María Eugenia a su regreso en Auteuil .

Auteuil, 16 de julio de 1871

Mis queridas hijas,

Encontrándolas después de tan grandes pruebas en esta casa donde Nuestro Señor ha estado tan ofendido, debemos ponernos más generosamente, más vivamente, más constantemente que en el pasado, a la práctica de la vida religiosa. Lo que constituye la diferencia entre los religiosos y los cristianos en el mundo, es la tendencia a la perfección. La gente del mundo está obligada, como nosotras, a amar a Dios de todo su corazón, a vivir en la práctica de la fe, de la esperanza, de la caridad, pero nosotras debemos, además, aspirar a lo que hay de más perfecto, tomar o aceptar todos los medios de avanzar cada día en las virtudes.

Con demasiado frecuencia lo olvidamos, hermanas, uno se dice: "Pero amo a Dios de todo mi corazón, tengo caridad, puedo bien permitirme una palabra picante". Y uno se queda en esas intenciones este diciendo: "Yo soy así soy, no puedo cambiarme, pero tengo tan buenas intenciones!" No nos hagamos ilusiones, no nos equivoquemos a nosotras mismas. Las buenas intenciones son una trinchera detrás de la cual nos abrigamos demasiado fácilmente nuestras fantasías y nuestros defectos.

No se piensa que la vida religiosa toda entera es una lucha, un esfuerzo contra la naturaleza. Pensemos, hermanas, en los motivos que nos han hecho dejar todo por Dios. Reavivemos en nosotras el deseo de la perfección. Ustedes lo saben, la medida de nuestra perfección en esta vida será la de nuestra unión a Dios que asegura nuestra posesión de Dios para la eternidad.

Pongámonos pues generosamente a la práctica de nuestras reglas.

αααααααα

*Algunas notas separadas, que pueden ser fechadas después de la Comuna
(Cf. la reflexión del tercer párrafo sobre "París actual").*

Tendencia a excusarnos: Es una herencia que tenemos de nuestro Padre Adán. Él nos ha dado el ejemplo cuando ha dicho a Dios: "Es la mujer que me habías dado". Y saben que eso no excusa su falta.

Combatamos esa tendencia de la naturaleza y en lugar de hacer resaltar nuestras buenas razones, veamos a Nuestro Señor durante toda su Pasión. Cuando alguien lo acusa, que le preguntan: "¿Pero no tienes nada que decir?" Jesús guarda un profundo silencio.

Respeto debido a las superiores: Acostúmbrense a nunca hablar con vivacidad a sus superiores, esperen a estar tranquilas para hacerlo. La falta de respeto priva de uno de los más grandes bienes de la vida religiosa, el de ver siempre cerca de ustedes alguien que las representa a Nuestro Señor y les transmite sus órdenes.

Sobre tema de la guerra: Los hombres ven ahora a qué desemboca la sabiduría puramente humana. Han empujado la industria y todas las ciencias hasta el final, pero Dios no estaba allí y en un momento dado ha habido un hundimiento universal. Pero uno siente como en el fondo de todo castigo hay gracias escondidas, como ya los caracteres se levantan. París actual es mucho más agradable a los ojos de Dios que hace dos meses.

Como las espinas del Evangelio, las riquezas que ahogaban el buen grano y le impedía crecer dan lugar ahora a las virtudes varoniles y enérgicas que van a producir la pobreza y el sufrimiento! Estamos castigados, es verdad, pero por un Padre!

αααααααααα

ESPIRITU DE RECOGIMIENTO EN EL CELO

Auteuil, 30 de julio de 1871

Lectura de la Regla: Del fin y de las obras del Instituto.

Mis queridas hijas,

A propósito de ese punto de la Regla donde se habla de las obras de celo que pueden abrazar nuestra Congregación, quería precisamente hacerles señalar que, si nos es aconsejado trabajar por la salvación de las almas por los medios que acaban de enumerarnos, retiros, internados, orfanatos, etc., no hay que creer que debemos abrazarlos todos. Sino según las circunstancias esas diversas obras pueden ser emprendidas por una u otra de nuestras casas. Es propio de nuestro espíritu no sobrecargarnos demasiado afin de tener más tiempo a dar para Dios y a nuestra alma.

Nosotras sufrimos con frecuencia lo que el Padre Faber llama el defecto de nuestro tiempo, esa agitación, esa fiebre que quiere emprender todo. Hay almas que por celo sin duda, hasta por un demasiado gran celo, multiplican sus ocupaciones, se cargan de una multitud de obras y no se reservan bastante tiempo para la cosa más necesaria: el cuidado de sus propias almas, su progreso y su unión a Dios.

El estado de nuestra alma frente a Dios, es el fondo de la vida religiosa. Es precisamente ese servicio de Dios en la santificación de nuestra propia alma, es una intención siempre dirigida hacia Él, una disposición de entera sumisión a su voluntad santa, el espíritu de silencio, de obediencia, de humildad, de paciencia, el espíritu de oración, de recogimiento y ese estado de donación absoluta y de unión habitual. He ahí la obra que nos es confiada.

Si hay personas que, en medio de las ocupaciones las más absorbentes, de la actividad, del celo, de la agitación misma, pueden mantenerse en un estado de perfección y avanzar cada día, creedme bien, hermanas, que se trata de un muy pequeño número. A 98 sobre 100, es necesario un cierto descanso, paz, silencio para poder recogerse, orar y avanzar.

Dicho es sobre el fondo de la vida religiosa, hay que destacar que a los actos de virtud que ustedes podran producir, se unieron los actos de imperfección y no hay que sorprenderse ni turbarse así será hasta el final de nuestra vida, tendremos siempre que soportarnos en nosotras mismas y en los otros varias cosas imperfectas. Eso podría aparecer mucho en nuestra conducta y sin embargo no ser culpables delante de Dios pues los hombres ven el exterior de nuestra vida, pero

"Dios ve el fondo del corazón",¹

como dice la Sagrada Escritura. El ve el fondo, juzga las intenciones y considera el estado, más que los actos.

De ahí pues la necesidad de aplicarnos a bien regular este estado interior de nuestra alma y emplear los medios que le son propios: la oración, el recogimiento. Que eso sea el fondo de nuestra vida, sobre la cual construiremos todo lo demás y no sobre un terreno movedizo como esas almas, que todo agitadas y extrovertidas en las ocupaciones exteriores, "recuperan" como ellas pueden su oración, recuperan su recogimiento, recuperan uno después del otro todos sus ejercicios de la vida interior.

Los acontecimientos, es verdad, hermanas, han puesto en estos últimos tiempos obstáculos al recogimiento de nuestra vida religiosa trastornando nuestras comunidades, dispersando aquí y allá nuestras hermanas. Pero ahora nada se opone a que nosotras recommencemos una vida toda interior. Lo podemos, pues no hay aquí ocupaciones apremiantes. Tenemos hasta más tiempo que antes puesto que nuestras obras exteriores han disminuido y nuestro internado es tan pequeño. Creo que ustedes harán bien en renovaros en la costumbre del silencio.

Recomiendo también la obediencia, la dependencia. Sé que últimamente varias cosas se han hecho sin permiso y eso sin embargo no debe ser, hermanas. ¿Por qué se les ha dado una Superiora particular a esta casa además de la Superiora General? Es justamente para facilitarles la práctica de la obediencia.

Tengan pues cuidado a partir de ahora de pedir todos los permisos. Y manténganse al mismo tiempo en la práctica constante de la humildad, de la paciencia y de todas las otras virtudes religiosas.

αααααααα

¹ 1 Sam. 16,7

DEL ESPIRITU DE FE

Auteuil, 6 de agosto de 1871

Hermanas,

En nuestros días la fe se va del mundo, uno se apega a pequeñas cosas, es curioso de milagros, de profecias, de cosas extraordinarias. Ciertas personas piensan que eso es fe, pero a mi modo de ver es una marca de debilitamiento de la fe. La fe sólida, robusta no tienen necesidad del testimonio de los sentidos, la palabra de Dios le es suficiente. Vean a san Luis: acababa de decirle que en una Hostia, Nuestro Señor ha dejado ver sus rasgos divinos, las cicatrices de sus llagas, el Rey se niega ir a ver el prodigio: "Para que dice, mi fe no sería aumentada y eso podría disminuir su merito".

Deberíamos, a ejemplo de san Vincent de Paul, recitar el Credo en nuestras penas, nuestras dificultades, en las relaciones con el prójimo. ¿Qué es lo que causa nuestras penas interiores en general? Nuestra miseria, nuestra debilidad. Eso da vueltas alrededor de nuestra debilidad, no eso Dios: a él no le falta nada en su infinita perfección.

Digamos pues como san Francisco: "Dios es santo, es bueno, y que me importa mi miseria! A causa de los bienes que del cielo espero, los sufrimientos de aquí abajo me son un pasatiempo." Pensar a los atributos de Dios, en su fuerza infinita, en su bondad excelente, en su justicia incluso al mismo tiempo cuando castiga a los pecadores, porque nos muestra su pureza infinita.

Dios no es solamente nuestro creador, nuestro juez, es nuestro fin. Nuestra alma ha sido hecha por él, para poseerlo eternamente, para gozar sin fin de la compañía de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Han debido de señalarles en el catecismo que decimos: "Yo creo en Dios ", y no "Yo creo a Dios", para testimoniar que nos apoyamos sobre estas grandes verdades, que ponemos en Dios nuestra fe, nuestra confianza. Dar su fe a alguien, es entregarse completamente, darse a esa persona. Así es como nosotros creemos en Dios.

Nosotros creemos en todos los misterios de la vida de Nuestro Señor, en su Encarnación. Creemos que la Santísima Virgen es mediadora entre los hombres y Dios.

Nuestro Señor es la luz de nuestras almas, como el sol cuando se levanta es la luz que ilumina los ojos de nuestro cuerpo. Aquí abajo es la aurora en la fe, en el cielo brillará en su esplendor. Entonces disfrutaremos de Dios sin fin según nuestra capacidad, según nuestros meritos. Estamos destinadas al cielo por Jesucristo que sólo, tiene el derecho de entrar.

αααααααααα

PRÉPARARNOS A LAS PRUEBAS DEL PORVENIR SANCTIFICANDO EL PRÉSENTE

En este capítulo, Madre Maria Eugenia evoca el cautiverio y la muerte de los rehenes de la Comuna, fusilados en mayo de 1871. Entre ellos, los Padres Jesuitas: Olivaint, Caubert et Ducoudray.

Auteuil, 20 de agosto de 1871

Mis queridas hijas,

Vivimos en tiempos difíciles. Nos encontramos en la necesidad de poner en lugar seguro lo que nos pertenece y de un momento al otro tendremos que poner en seguridad nuestras personas. Pienso que ustedes todas sois bastantes generosas para aceptar el martirio si Dios se les pide. Pero es sobre todo necesario, en cuanto al presente, pensar bien a santificar este tiempo, pues, como lo decía el Padre Olivaint : "No es difícil, cuando se tiene la costumbre de dar todos los días su corazón a Dios, de darle una vez su cabeza". Es necesario pues desde ahora darse cada día más a Nuestro Señor en humildad, en mortificación, en oración, en paciencia, en abandono.

Nadie puede prever lo que ocurrirá, estamos amenazadas de todos lados. Quizás las revueltas volver en Francia; quizás será en España; o Inglaterra en un momento dado, o en Bélgica Dios sólo lo sabe. Él dispone así los acontecimientos sin duda para que vivamos constantemente bajo su mano en una disposición de mayor abandono, de confianza en su paternidad. Estemos bien seguras que si Él nos reserva grandes pruebas, sabrá darnos sus gracias en proporción.

Cuando Dios nos consuela y nos sostiene, todas las penas parecen dulces, lo vemos en relación del cautiverio de los Padres Jesuitas: el Padre Caubert está tan consolado que los muros de la prisión de Mazas (en Paris) tienen atractivos para él. Y ese joven seminarista que no puede expresar bastante su agradecimiento, que se transporta de alegría porque Dios quiere llamarlo al martirio aunque no haya hecho nada para merecerlo.

Los designios de Dios nos son desconocidos. Él puede otras veces pedir el sacrificio de su vida a aquellos que no tiene el menor deseo, testigo de el Padre Ducoudray, muy resignado sin duda, pero que en fin no deseaba el martirio y sentía al contrario todo lo que hay de penoso en el cautiverio: esos cuatro muros le pesan, el corazón se va y la imaginación lo sigue.... Uno quisiera ser valiente, uno sufre de no serlo y es lo que es lo más difícil a soportar. Otro que deseaba tan poco el martirio que lo mira como un castigo. Otros que tienen muchas ganas, como el Padre Picard, no lo tiene.

Uno puede ser muy santo y sentir ese malestar, ese abatimiento de todo nuestro ser en presencia del sufrimiento. Quizás que san Sebastián, tan heroico no estuvo excepto. Santa Inés, al contrario, no sentía más que la alegría de sufrir por su Jesús como el joven seminarista del que les hablaba. San Pedro ciertamente estaba cerca de ver su valentía desfallecer cuando, saliendo de Roma para escapar al martirio, encontró a Nuestro Señor que le dijo: " Voy a Roma para hacerme crucificar en tu lugar. "

Así pues es necesario, esperar en el momento a experimentar eso, si tenemos eso, grandes pruebas por Dios. Es necesario prepararnos desde ahora. No hay nadie de ustedes que no tenga ahora algo que sufrir. Entre todas las almas que están aquí, no hay una que no sienta algunas veces en ella algunas rebeldías frente al sufrimiento. Para unas, son las sequedades, las dificultades en la oración. Para otras, es soportar las imperfecciones, las agitaciones de su propia naturaleza. Para otras es el prójimo, el contacto con los caracteres opuestos a los nuestros. O es todavía tal empleo, tal contradicción.

Entonces es espíritu de sacrificio nos será necesario, y aceptando el sufrimiento de cada día habremos puesto nuestras almas fuertes para la lucha. Pensaremos en cumplir la voluntad de Dios y no buscar la nuestra. Se lee en la Escritura: " El insensato hace lo que le place "

Lo mismo uno puede decir de un alma insensata todas las veces que se ve en ella un lado por el que busca lo que le place. Es insensata según la palabra de la gracia y de la Escritura que es la palabra de Dios.

Si consideramos la vida de Nuestro Señor, comprenderemos que no ha sido más que una sucesión de sufrimientos. Uno puede pensar algunas veces que hasta el momento de su pasión, sus dolores eran poca cosa. Hubo el exilio, es verdad, la pobreza, pero ¿es todo? Entremos más adelante, veremos que ha vivido también en tiempos poco tranquilos. Ha sido continuamente buscado, perseguido para condenarlo a muerte. Dios lo ha permitido así para el consuelo de sus servidores. A continuación él llevaba sobre el peso del pecado, sufría por la justicia de Dios, gemía por

las pérdidas de las almas. Entremos en todos sus sentimientos.

Además, hermanas, Dios no nos llamará quizás al martirio. Quizás no caerá una hoja de esta casa. Pero todos nuestros esfuerzos nos serán contados, y el tiempo que habremos empleado a santificarnos nos servirá para la Eternidad.

αααααααα

UN RETIRO ES UNA ÉPOCA DE UNA GÉNÉROSA RENOVACION

Auteuil, 7 de septiembre de 1871

Mis queridas hijas,

Dos cosas nos ocupan en este momento. Estamos a la víspera de una fiesta de la Santísima Virgen que debe inspirarnos una particular devoción y estamos también en víspera de un retiro.

Un retiro es siempre un momento importante en la vida, momento que puede ser decisivo para nuestra eternidad. En las vidas de los santos que van a tener todas entre sus manos, podrán ver que varios de entre ellos han fechado su conversión o el comienzo de una más mayor perfección en la época de un retiro. Es durante el largo retiro que san Ignacio hizo hacer a san Francisco Xavier cuando que este tomó la resolución de darse completamente a Dios. El Venerable Padre Muard tomó durante un retiro las generosas resoluciones que el mantuvo fielmente y que lo condujeron a la santidad. Y lo que hay de extraordinario, es que todas los otros retiros que hizo, hasta el final de su vida son tantos puntos culminantes de mayores progresos hacia la perfección.

Queridas hijas, sin duda no llevamos una vida culpable, pero no llevamos tampoco una vida santa. Vemos en la historia de la Iglesia que en la abadía de Luxeuil vivían en una época diecinueve o veinte religiosos que fueron todos canonizados. Yo las estimo mucho, queridas hijas, pero ciertamente no creo que habrá entre sus religiosas de una virtud tan heroica que pudiesen ser canonizadas. Por eso este retiro debe ser para ustedes un retiro de una generosa renuncia, de resoluciones fervorosas y de promesas fieles.

Estamos estimuladas por el ejemplo de la Santísima Virgen. Fue dotada de gracias incomparables que, desde el primer momento de su existencia, sobrepasaron todas aquellas de los ángeles y de los santos reunidos. Pero lo que más podemos nosotros admirar en ella, es su incomparable fidelidad a esas gracias. Jamás una sola gracia fue perdida y saben cómo la fidelidad a la gracia la hace crecer. Es una multiplicación por dos, por cuatro, por ocho, por diez y seis, por treinta y dos, etc. Tal es la proporción que indican los teólogos. Juzguen entonces cuál es la suma de gracias que debió adquirir la Santísima Virgen.

Ahora, regresemos sobre nosotras mismas. Veamos todas las gracias que hemos recibido de Dios desde nuestro bautismo, que es la primera, luego las que hemos recibido en nuestra infancia, tales como una educación cristiana; luego, tantas mociones de Dios, tantas oraciones, de los sacramentos, en fin todas las otras gracias. Si hubiésemos sido fieles, ¡cuál sería ya nuestro grado de santidad!

Les he dicho que l'ejemplo de la Santísima Virgen es para nosotros un estímulo, no que nosotros pudiéramos ser como ella, incomparablemente fieles, pero somos sus hijas y ciertamente ella nos ayudará a caminar lo más cerca posible de sus pasos.

Maria fue designada bajo el nombre de Virgen siempre fiel, es uno de los más bellos títulos de la Santísima Virgen. Convendría que uno pudiese aplicarlo a todas las vírgenes esposas de Jesús que hacen profesión de imitar a Maria. ¡Pues bien! hermanas, durante este retiro tratemos de ser fieles a todo lo que Dios pedirá de nosotras, à todas las luces con las que él nos iluminada, a todos los movimientos de la gracia, a todos los deseos de perfección que nos inspirará.

Mañana, en su comunión, les ruego que pidan a la Santísima Virgen esa preciosa gracia de fidelidad, y la pediremos todas las unas por las otras.

αααααααα

ESPIRITU DE FE EN LA OBEDIENCIA.

Auteuil, 10 de septiembre de 1871

Mis queridas hijas,

Una cosa distingue por encima de todo la vida religiosa de la vida del mundo, una cosa constituye por excelencia la esencia de esta vida, es la obediencia. Que se lo recuerden o no durante el retiro, pero es necesario que estén bien convencidas. Pues, hay que distinguir dos clases de obediencia. Hay la obediencia a los superiores cuando mandan ellos mismos, y esa la se refiere también a las superiores particulares más que las simples religiosas.

Uno debe siempre ser, y ustedes todas lo son, pienso, en la disposición de obedecerles a ellas lo mismo como a Dios. Uno está bastante convencidas de la necesidad de esta obediencia, sabe que la superiora es nuestra madre, que tiene la autoridad y por consecuencia el derecho de mandarnos. Pero hay otra obediencia, y ésta es más difícil, es la que trata con las responsables de los empleos.

No se está bastante acostumbrada a ver en ellas la autoridad de Dios en lo que conciernen sus empleos. Las invito, hermanas, poner en ese punto una atención particular y un gran espíritu de fe. San Ignacio quería que sus religiosos estuviesen todos dispuestos, hasta el más sabio, a ser enviado a la cocina y a obedecer al cocinero.

Lo mismo, hermanas, ustedes deben hacer lo que les dicen las diferentes responsables de los empleos: la ecónoma si recomienda colocar las escobasen en sus lugares, la enfermera para lo que se trata de la salud. Pero sea dicho de paso, ésta no tiene el poder de dispensar de las reglas, debe siempre pedir el consejo de la superiora. No puede dispensar una hermana del Oficio, decirle que se levante tarde sin la autorización. Puede bien sin duda decirles: "Hermana, usted se levantará a tal hora, no dirá el Oficio", y deben obedecerle, lo demás no debe preocuparles. Pero ella dará cuenta enseguida a la superiora y le dirá: "Madre, he dicho tal cosa a tal hermana que haga tal cosa, pienso que tiene necesidad." Deben obedecer también a las maestras de clase si ellas dicen: "Hagan esto por tal niña, eviten esto por tal otra."

Así la obediencia, practicada de esa manera con espíritu de fe, podrá extenderse a los más pequeñas acciones de nuestra vida y hacerlas más agradable a Dios.

αααααααααα

CLAUSURA DEL RETIRO

Auteuil, 17 de septiembre de 1871

Mis queridas hijas,

Después de todas las recomendaciones que acaban de hacerles, salgan del retiro en las disposiciones de fervor, de amor de vuestra vocación, de generosidad, de humildad. Quiero sin embargo agregar todavía una recomendación para el año que comenzamos. Es la del silencio.

Evidentemente les recomiendo el silencio en los momentos donde la Regla lo prescribe, es decir de no hablar, pero quiero también pedirles el silencio de acción. Hay que tener cuidado hermanas, de no ser ruidosas. Cuando uno pasa algunas veces cerca de los lugares donde la comunidad esta reunida, ya sea en la cocina, ya sea en otro lugar, uno no puede impedirle pensar que somos una comunidad un poco ruidosa.

Es una suerte que tengamos niñas y que uno pueda echarle las culpas de ese ruido a. Les diría fácilmente lo que un superior de seminario decía a sus alumnos (había por el momento soldados alojar): "Soy feliz de poder acusar a los soldados de todo el ruido que ustedes hacen." De la misma manera las personas de fuera pueden, felizmente, acusar a nuestras niñas mientras que las hermanas hacen a menudo tanto como ellas, yo hablo del recreo.

Ahora hay un segundo silencio, este silencio consiste en callarse sobre las cosas que no debemos hablar. Ese silencio es muy importante, más importante incluso que el silencio de Regla, porque nos hará evitar una gran cantidad de faltas. Por ahí evitaremos las palabras contrarias a la Regla, contrarias a la caridad, las palabras que pueden herir, que son desagradables, nos evitaremos también de hablar de nosotras.

No tendrían que poder decir de nosotras que, si se imprimieran nuestras palabras, les y los m faltarían en la impresión. Hablar de sí no es ordinariamente agradable a los demás. Hay personas que dicen constantemente: "Yo hice esto, tal cosa me sucedió" etc. Yo no digo de vez en cuando, pero hablar demasiado a menudo no interesa de ordinario. Se le escucha, porque es de buena educación escuchar a las personas que hablan, pero interiormente uno dice: "Dios mío, te lo ofrezco".

He ahí todo el resultado que producen de ordinario esas conversaciones donde uno no habla más que de sí, y es necesario tratar de verdad de no ser para las hermanas un motivo de aburrimiento. Es necesario hablar de las cosas que sean generalmente agradables. Sería bueno que al marcharse se tenga el alma dilatada, el corazón alegre.

Cuando les digo, hermanas, que es necesario ser agradables las unas para las otras, no crean que ese sea una cosa poco importante. No, pues sería al mismo tiempo muy agradable a Nuestro Señor. Ustedes habrán difundido la paz, la alegría, la generosidad, les dejarán con el alma más dispuesta para la oración. Es un don, hermanas, que es necesario tratar de adquirir.

αααααααα

RECOMENDACIONES RELATIVAS AL INTERNADO

Auteuil, 24 de septiembre de 1871

Hermanas,

Empezamos un año escolar y quiero haceros algunas recomendaciones respecto a las niñas. Nuestra obra tiene dos fases: del lado de Dios, al que nos entregamos por el amor de Nuestro Señor, la unión a él, el silencio, la obediencia, la pobreza, todas las virtudes; del lado del prójimo, por el celo de las almas. Y es precisamente en nuestra vida interior que sacamos lo que debe alimentar la segunda vida y hacernos dar frutos exteriores.

El celo de las almas: uno podría sobre ese tema escribir varios volúmenes, podría decir cosas muy elevadas. Pero me limitaré hoy a un solo punto e incluso quiero más bien insistir sobre el lado material. Quiero recomendaros particularmente la exactitud, la dependencia, no tanto espiritual que la que consiste en pedir los permisos, a saber plegarse a la opinión de las hermanas que están encargadas de las niñas, ya sea la maestra del internado, ya sea la maestra de clase, ya sea la maestra de estudios en lo que les dice hacer, afin que haya una unidad de conjunto en la organización del internado. Así, que las hermanas encargadas de las lecciones se cifian al marco que les es trazado, que se den el trabajo de ir hasta el fin y que, por un celo mal entendido, no vayan más lejos.

Una cosa también que quiero recomendarles y que es algunas veces olvidada, es de no trabajar la costura guardando las niñas. Cuando están con las niñas, están ahí para eso para guardarlas y no para otra cosa. Que se tenga el celo de trabajar en los recreos, en los momentos libres, en el recibidor incluso, no pongo ninguna oposición. Pero con las niñas, no.

Podrán objetarme: "Pero varias hermanas, Sor Marie-Caroline por ejemplo, lo ha hecho". Habría que deciros, hermanas, que Sor Marie-Caroline tenía una experiencia de veinte años. Todo el mundo no está en las mismas condiciones, e incluso me reproché varias veces de haberle dado ese permiso a causa de las objeciones que podría levantar en el espíritu de las otras hermanas. Vean pues cuánto me he alejado de darla por un sí o por un no. Así que no hay que trabajar guardando las niñas, no solamente durante las lecciones. Es bien evidente. Ustedes deben estar por completo enteramente a sus lecciones.

Algunas veces se ha permitido coser a las niñas. Esto sería todavía a considerar, pues ¿pueden estar atentas al mismo tiempo a lo que se dice? Es muy dudoso. Pero ustedes no deben trabajar guardando los estudios. Algunos puntos de aguja no valen una buena vigilancia.

Para las maestras que están encargadas de ciertos detalles como de llevar al piano, al recibidor, es necesario que estén atentas que los abusos no deslicen y que ellas extiendan la disciplina a todas esas pequeñas cosas. Que no permitan hablar en las escaleras, en los corredores. Una hermana que haga eso podrá ser querida de las niñas, pero cuánto sufrirá la disciplina general. Las niñas se acostumbraran a hablar por todos lados, a no respetar a las maestras. Esto descansa las niñas, les reposa el espíritu, estarán más tranquilas en el estudio... Error. Por otra parte la libertad de espíritu no vendrá de la falta de disciplina.

Es necesario pues tener una buena vigilancia en esos aspectos, en la puerta, en la lencería. Se han introducido algunos abusos en la lencería. Cuando la hermana de la lencería se da cuenta percibe de algunas irregularidades, si ella no tiene bastante autoridad, que advierta a la superiora, a la maestra del internado, afin que se puede remediar.

Las niñas han estado más tranquilas, más dóciles durante estos meses, es necesario que puedan mantenerse así el año próximo. Podría decirles todavía muchas más cosas, pero es bastante por hoy.

αααααααα

SOBRE LA OBEDIENCIA

Auteuil, 22 de octubre de 1871

Es a propósito que les ha leído hoy ese punto de la Regla, pues es de la obediencia precisamente que quiero hablaros.

La obediencia puede ser considerada no solamente como deber, sino también como virtud. Entonces nos concierne a todas, a mí como ustedes. Si como deber no cambia, como virtud puede siempre crecer, perfeccionarse, acercarse más a Dios. Así pues, hermanas, meditar con frecuencia sobre la obediencia, estudiarla en sus grados, sus disposiciones, sus motivos; ver si nuestra obediencia es completa, sobrenatural, digna, en vista de Dios, lo que es la misma cosa que sobrenatural; en fin si practicamos la obediencia de acción, de voluntad y de juicio.

No se si habrán leído recientemente la carta de san Ignacio sobre la Obediencia. Sería necesario releerla, penetrarse de los principios que contiene. No habrán observado que cuando les encuentran en relación con diferentes religiosos, no de nuestra orden sino de otras, que ciertos religiosos se hacían destacar por su obediencia y otros al contrario por su espíritu independiente.

Sin embargo, ustedes no tienen nada que ver con ellos, no tienen que exigir de ellos ningún acto de obediencia. De donde sigue que esta virtud puede estar en toda nuestra vida, hacerse ver en las acciones más indiferentes. Sería necesario que cada una de nuestras respiraciones estuviese penetrada de este espíritu de obediencia. Es lo que distingue la virgen consagrada de la virgen cristiana viviendo en el mundo, de aquella misma que habría consagrado a Dios su virginidad, pero que no ha abrazado el estado religioso.

Es por el voto de obediencia principalmente por lo que somos las esposas de Jesucristo. Hay comunidades religiosas donde se hace más que ese voto. Cuando Dios nos juzgue, será necesario que nos encuentre revestidas de una virtud que nos haga parecidas a Jesucristo. Tratemos de poderle ser agradables por la práctica seria y constante de la obediencia.

αααααααα

ABNEGACION EN LAS OBRAS DE CELO

Auteuil, 29 de octubre de 1871

Mis queridas hijas,

Hay una cosa sobre la cual quiere llamar hoy vuestra atención y que es importante evitar en la vida religiosa: es la búsqueda de sí misma en la práctica del celo, de la abnegación y en la mayoría de los ejercicios de nuestra vida.

Está claro que las desgracias presentes, las pruebas por las que hemos pasado, el trabajo más o menos considerable que podemos tener en éste momento, no son de una naturaleza a desarrollar en nosotras esta disposición. Sin embargo se puede hacer, y eso llega algunas veces (no digo que lo sea para cada una de ustedes, pero es bueno de prevenirse contra este riesgo), que en la vida religiosa uno se haga una pequeña vida propia, una vida donde uno no tiene otro objetivo que uno, de cualquier lado que se vuelva, del lado de Dios, del prójimo y de nosotros, es decir que uno hace de su perfección su propiedad. Uno quiere los consuelos espirituales, uno desea la consideración de los otros, un lugar estimado, elevado.

Hay varios signos a los que uno puede reconocer si tiene esta disposición. El primero, y no dudo que este muy lejos de todas ustedes, es de ser envidiosa de las virtudes de los otros. Las almas verdaderamente celosas por la gloria de Nuestro Señor, están contentas de verlo honrado por todo el mundo.

Si, en lugar las que escuchan, hubiese aquí una asamblea de santos, los otros, los que no lo serían todavía, deberían alegrarse mucho de ver su perfección. Y además, hay que ganar en vivir con los santos; uno se edifica de sus virtudes, está estimulado por sus ejemplos, fortificado por sus oraciones. Había en una cierta época en un monasterio, creo que es ese Luxeuil, 17 santos a canonizar; pues bien, el 18° que podía ser ya bastante perfecto y hacia muchos esfuerzos, pero no había llegado al punto de los otros, estaba muy feliz de ver a Dios más glorificado por sus hermanos que por él.

El segundo signo es de atribuirse el bien que hay en uno mismo es en uno. Es bien necesario que sepamos que todo lo que es bueno en nosotros viene de Dios, por ejemplo la inocencia por la que Dios nos ha guardado, preservado, la caridad, la obediencia, en fin todas las virtudes. No tenemos de nosotros más que nuestra miseria.

Si estuviéramos bien convencidas, no escucharía con frecuencia decirme: "Estoy tan lejos de tal disposición". ¡Qué esas almas tengan buen cuidado! Hablo aquí desde el punto de vista puramente espiritual. Cuando Dios ve las almas así afectadas, le gusta desarreglarlo todo, contrariar todos sus planes. Ella se creía obediente, tendrán dificultades en practicar la obediencia. Se creían caritativas, encontrarán a las personas con las que viven insoportables, y así de lo demás. Dios retira así por un tiempo la mano que las sostenía afin que estén bien convencidas de su nada. Dios nos tiene por un cabello, dice Bossuet.

Esas personas también de las que les hablo se desalientan al extremo de su miseria porque se no se aceptan a ellas mismas. No es necesario hacer demasiado para que nuestra miseria nos desagrade, pues en definitiva el asunto principal de nuestra otra santificación consiste en estar convencidas que somos perfectamente miserables, en penetrarnos hasta el fondo de nuestra nada. Además nuestra miseria no desagrade demasiado a Dios. Nuestro tesoro, nuestra riqueza, es un acto de contrición, un acto de humildad y después de esta contrición y de esta humildad, un acto de amor de Dios, de confianza en Él, porque sabemos que Él es grande, sabio, poderoso, misericordioso. Como dice santa Teresa: "Dios es mi Padre, Dios sabe todo, Él puede todo y Él me ama."

Con la convicción de nuestra debilidad gritaremos sin cesar: "Deus, in adiutorium meum intende", "Dios ven en nuestra ayuda". No es sin razón que la Iglesia pone tantas veces por día esas palabras en nuestros labios: "Señor, sálvanos, ten piedad, ayúdanos". Es porque ella quiere hacernos entender que toda nuestra salvación está en Dios, pero también que cuando le hemos presentado nuestra miseria, cuando lo hemos pedido que nos socorra, eso es suficiente.

Un alma que esta en esta disposición se encuentra establecida en una profunda paz. ¿Qué quieren ustedes que contrarié o turbe a un alma que ha establecido su felicidad en este pensamiento de la grandeza de Dios, de su bondad? Ella se alegra siempre. Que el mundo se conmocione:

"El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán" ¹

¹ Lc 21,33

Es lo que hace que Monseñor de Poitiers (Monseñor Pie) conserve siempre una confianza inebriable en presencia de los acontecimientos que atravesamos, apoyándose sobre el conocimiento de la esencia de Dios que es bueno por naturaleza y que no puede castigar demasiado tiempo porque pronto estará cansado de castigar.

Y además, hermanas, hay una cosa que es necesaria que les enseñe. No solamente las gracias que recibimos durante nuestra vida vienen de Dios, sino también la última, la gracia final, aquella por la cual, revestidas de Jesucristo, después de estar zambullidas en el baño salvador de su sangre, aparecer con confianza en el tribunal de Dios. Esta gracia, es necesario que sepamos bien que depende enteramente de la misericordia de Dios, no que hay que decir que nuestros méritos no sirven de nada, pero no son méritos tanto cuanto no estén cubiertos por la gracia.

Recemos pues, pidamos a Dios y no esperemos más que de él esa gracia por la cual seremos agradables el último día.

αααααααα

ESPIRITU DE AGNEGACION EN TODAS LAS COSAS

Auteuil, 5 de noviembre de 1871

La última vez que les he hablado de la búsqueda de si misma, la hemos considerado particularmente bajo el aspecto espiritual, podremos considerarla hoy en el orden natural, en nuestras relaciones las unas con las otras. En una palabra, quisiera recomendaros no poner egoísmo en lugar de abnegación.

En la mayor parte de los deberes de la vida religiosa hay que saber renunciarse, no pensar en si mismo por la Regla, el Oficio, el trabajo, las niñas. Así es necesario tratar de decir en forma regular el Oficio. Sé bien que las superiores están algunas veces obligadas de pararse. Por eso que no insisto. Pero en fin hay personas que están más ocupadas de ellas mismas que de los demás, es la naturaleza que es así.

Sería necesario al contrario que, siguiendo ésta palabra de la Regla, en todas las circunstancias de la transitoria necesidad, se vea sobresalir la permanente caridad. Sin hacer mucho más de lo que hacen, pues yo pienso que todas ustedes hacen más o menos lo que pueden, sería necesario que en toda ocasión hicierais esfuerzos para arreglar las dificultades, aplanar los aprietos, venir en ayuda a los otros, hacer todas las cosas en un espíritu de bondad, de caridad por el prójimo.

Hay personas que piensan mucho en lo que les gusta, buscan lo que le es agradable y rechazan con vivacidad extrema todo lo que les disgusta. El Padre Laurent ha hecho todo un sermón sobre estas palabras de la Escritura: "El insensato busca lo que le place". Y en este sentido, hay muchos insensatos.

Si esas personas de les hablo fueran fervorosas y que alguna cosa les desagrade, sería para ellas una razón de abrazarla. Es necesario cuidarse bien de llevar esta disposición yendo a las niñas. Se encuentra siempre caracteres más o menos agradables. Hay que evitar dejarse dominar por esta impresión, que nos impediría actuar con la justicia que conviene.

αααααααα

**CONFIARSE EN LA GRACIA,
BUSCAR SU FUERZA EN LA ORACION.**

Auteuil, 19 de noviembre de 1871

Mis queridas hijas,

Tendemos todas a la perfección o al menos lo queremos. Pero hay una cosa que nos turba, que nos detiene en esta tendencia a la perfección, son las dificultades que encontramos. Leemos en el Evangelio:

"Sean perfectos como su Padre celestial es perfecto" ¹.

Es lo que Nuestro Señor nos pide por esta otra palabra: "Sean mis imitadores." He ahí la dificultad de las dificultades, la imitación de Jesucristo, la semejanza a Jesucristo. Es lo que él mismo califica diciendo: "Hay cosas imposibles al hombre".

¿Qué ocurre entonces que Dios nos pide cosas tan difíciles? Es porque no lo cumpliremos solos, sino tenemos el auxilio de la gracia. Sin duda tenemos que hacer esfuerzos, pero ante todo es la gracia que actúa. Ella previene, acompaña y hace posible y hasta fácil lo que Dios quiere de nosotros. Es importante recordar esta verdad, estar bien convencidas, tener una gran fe en esta eficacia de la gracia.

Se vería desaparecer entonces muchos trastornos, desalientos, uno no escucharía más objeciones tales como ésta: "Pero soy absolutamente opuesta a esa cosa.... Pero es demasiado difícil... Pero yo no puedo...." Sin duda no podemos por nosotras mismas, pero la gracia de Dios vendrá y por las vías que nos son desconocidas allanará las dificultades y nos hará llegar al objetivo. Vendrá a suplir de nuestra debilidad y de nuestra debilidad misma, y podremos decir como san Pablo:

"Yo puedo todo en Aquél que me fortifica" ².

Pero esta gracia que nos es tan necesaria ¿cómo podemos atraerla en nosotros? Hay varios medios. El primero es la fe en la palabra de Dios, ese no nos falta nunca. Oímos la palabra de Dios, la leemos, y tenemos siempre necesidad de leerla porque tenemos siempre necesidad de alimentar nuestro espíritu de la doctrina de la verdad.

El segundo medio es la oración: éste está a nuestra disposición en todo lugar, a toda hora, en todo momento. Siempre podemos rezar, recurrir a Dios, practicar lo que se llama la unión a Nuestro Señor. Nuestro Señor habita en nosotros. Ese misterio de la presencia interior de Nuestro Señor en nosotros nos es conocido por la fe. Hay que hacernos presente, pensar, hacer actos de confianza en Nuestro Señor, regresar a menudo a sus pies, vivir con el más íntimamente, escuchar su voz, pues Él nos habla así como esta dicho en un capítulo de la Imitación: "Felices las oídos atentos, no a los ruidos exteriores que las golpean, sino al dulce murmullo del interior". Sé bien que tenemos algunas veces momentos de sequedad. Sin embargo siempre podemos orar y atraer en nosotros esta preciosa gracia y no hay nadie de entre nosotros que no haya sentido los efectos y los secretos movimientos de una manera o de otra.

Un tercer medio, son los sacramentos, y este medio está también grandemente a nuestra disposición. Hay santos canonizados que no han comulgado tan a menudo como nosotros lo hacemos, que no se confesaron tampoco con frecuencia, que no tuvieron confesores tan santos, tan iluminados. Pero es necesario saber aprovechar los sacramentos.

Hay personas que tienen sus ideas propias sobre los sacramentos. Hay escrupulosos que quisieran acusarse indefinidamente; esos deberían al contrario aplicarse más a la contrición, al amor. Hay otras almas que buscarían a hacerse consolar, etc. Cada una considera un poco según sus propias puntos de vista y actúan en consecuencia, mientras que sería necesario el uso la confesión según las intenciones que Nuestro Señor tuvo instituyéndola, que son purificar el alma, hacernos evitar las faltas en las que caemos y que nos acusamos, tomar los medios para ello.

En cuanto a la Comunión, para aprovechar una tan grande gracia, es necesario ver también si tenemos las disposiciones perfectas. Quizás son pocas eso que pensamos en prepararnos la víspera, sobre todo por algún sacrificio, raramente lo hacemos sin distracciones, raramente nos ponemos enteramente a la disposición de Nuestro Señor, renunciando a toda pasión, a toda voluntad otra que la suya, haciéndole Dueño de nuestra alma en el momento donde, según santa Teresa, nuestra alma es como dueña de Nuestro Señor que se vuelve como su esclavo. Si

¹ Mt. 5,48

² Fil. 4,13

supiéramos usar perfectamente, el solo medio de la Comunión sería suficiente para hacernos triunfar infaliblemente de todas las dificultades y hacernos cumplir ciertamente todo lo que Dios pide de nosotros.

Yo las comprometo, hermanas, saliendo del capítulo, a reflexionar algunos instantes y a preguntarnos si no han perdido mucho tiempo en consideraciones inútiles sobre sus disposiciones, sobre las dificultades que pueden encontrar cada día, y a tomar la determinación de apoyarse más sobre Dios que es Todopoderoso y que quiere darnos todos los auxilios de los que tenemos necesidad.

αααααααα

TRABAJAR A AVANZAR EN EL AMOR

Auteuil, 3 de diciembre de 1871

Mis queridas hijas,

Hay un pensamiento que ha debido ocupar con frecuencia en sus meditaciones y es con efecto como se trae todo lo que Dios ha hecho por nosotros. Quiero hablarles del amor.

Es el amor de Nuestro Señor lo que consideramos en este tiempo de Adviento donde esperamos su advenimiento lleno de dulzura y de misericordia. Nuestros esfuerzos deben tender a darle amor por amor. Es positivamente que consiste nuestra santidad. Ciertas personas no piensan bastante y se hacen algunas veces una perfección a su manera que consiste en una cierta exactitud, la abstención de faltas graves.

Caridad por Dios, por el prójimo. Varias de nuestras hermanas, como por ejemplo Sor Marie-Catherine, habían bien comprendido cual es la importancia de lo que yo les digo y en momento de la muerte, se esforzaba de llegar al grado de amor que ellas creían que Dios pedía de ellas. Si tal era la disposición de esas almas en el momento supremo, tratemos de imitar desde ahora; pues en fin es necesario darnos cuenta de las dificultades que se presentan en un estado de enfermedad... a cargo de nosotras mismas, siempre con personas que dan vueltas alrededor de nosotras, estado de debilidad, espíritu tan poco libre... y sin embargo, en este estado, todavía es posible avanzar en el amor.

Objeción, enseguida luego: "Tengo tentaciones, no tengo para nada el sentimiento del amor, no tengo conciencia de mis relaciones con Dios." Eso no es del todo necesario para avanzar en el amor. Avanzamos en el amor de Dios a medida que quitamos todos los otros amores: costumbres, pecados veniales, etc.. pequeños o grandes afectos, poco importa. Uno ve en ciertos templos paganos grandes ídolos y otros que son a penas del tamaño del dedo, lo mismo en nuestras almas.

No hay que ir más rápido que Dios lo quiere y querer más luces de las que Él nos da. Dios nos dará conocer cada día lo que Él quiere que le demos. Una maestra de costura no dará a la última de sus huérfanas su trabajo para un mes, sino cada mañana le indicará lo que debe hacer. Es lo mismo de todas las maestras, de historia, de geografía, de literatura, etc..., incluso cuando se trate de chicas mayores.

Pues, todos somos niños pequeños respecto a Dios. Cada día debemos comprender lo que Él quiere de nosotras, bastante ser fieles a la gracia de cada día. Lo que impide con frecuencia a las almas avanzar, es que ellas no se aplican bastante a emplear bien el momento presente. Nuestro Señor lo ha dicho:

"A cada día le basta su pena".¹

Cuanto al pasado, ¿por qué ocuparnos? El acto de contrición, es todo lo que necesitamos. En el futuro, el abandono y la confianza. En el presente, la fidelidad.

Así pues, hermanas, como fin: el amor por Dios. Como consuelo y estímulo: el amor de Dios por nosotros. Como medio: la fidelidad a la gracia del momento.

αααααααα

¹ Mt 6,34

NECESIDAD DE SANTIFICARSE EN SU EMPLEO.

Auteuil, 10 de diciembre de 1871

Mis queridas hijas,

Es muy apropiado que el artículo de la Regla sea hoy: "De la obediencia", pues quería hablarles de la manera de santificar sus empleos. Esto es muy corriente, muy de la realidad, pero quería que comprendiesen toda la necesidad de meditar las virtudes elementares. No es solamente mi sentimiento, sino el de un santo religioso que me decía cuál importante es regresar a menudo al b, a, ba de la vida religiosa, a lo que les han enseñado en el Noviciado.

Ya les he repetido varias veces que de la santificación de nuestro empleo dependía nuestra perfección. Uno se santifica ahí donde está, con las ocupaciones que nos son prescritas por la obediencia. Las disposiciones interiores no son suficientes. Yo sé que ustedes todas están en las mejores disposiciones, varias incluso quieren hasta ofrecer, dar vidas a Dios. Está muy bien sentir esos deseos, tener ese ardor de corazón por el servicio de Nuestro Señor. Pero no es bastante y probablemente Nuestro Señor no las juzgará sobre lo que hemos sentido, sino sobre lo que hemos hecho.

Entonces, en cada uno de nuestros empleos encuentra dificultades con tal hermana, tal niña, tal persona de fuera. ¿Que haremos en esas circunstancias? Debemos recordarnos que Dios, de toda eternidad ha escogido ese estado donde debemos adquirir la perfección. Hay que estar bien persuadidas de esta verdad. Esas dificultades, esas relaciones, esas ocasiones donde estamos comprometidas, él las ha previsto y querido para nosotros.

Es en el orden de Dios que los malvados estén mezclados a los buenos a fin de hacer practicar la virtud. San Agustín ha dicho: "Ut boni exercerantur." "Para que los buenos sean ejercitados." Los cristianos de los primeros siglos fueron acusados de horribles calumnias, etc. Y noten no son siempre los malvados, son algunas veces los buenos que se ejercitan entre ellos. Es la hermana tal que molesta a la hermana tal pronto ella será quizás molestada por otra. El año próximo ella será quizás muy santa, pero tanto ella santifica.

Hay otra consideración. Es el pensamiento que debemos un día ser semejantes a Nuestro Señor Jesucristo, y que es necesario que seamos ahora lo que debemos aparecer en el cielo. Pues Nuestro Señor ha vivido aquí abajo en las humillaciones, los oprobios, los sufrimientos, los abandonos. Él decía a su Padre:

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".¹

Nosotras que somos sus esposas, debemos servirle en sus estados, en sus afectos, sus sufrimientos. Porque somos religiosas, y más que las otras personas del mundo, estamos obligadas a adquirir esa divina semejanza.

Por ejemplo por la humildad; saben que la humildad consiste en soportar las contradicciones, en no excusarse. En fin, ustedes conocen todos los grados. La paciencia es callarse, no responder a los otros a menos que uno este encargada. Así a continuación, todas las virtudes elementares de la vida religiosa, la mortificación, la dulzura, la obediencia.

Hay que pasar en revista en nuestra oración, prever las ocasiones que podremos encontrar en la jornada: hay para la hermana de la cocina, para la del dormitorio, para la ecónoma, para las maestras de clase. Hay ocasiones con la superiora: si ella está ocupada, no nos responde enseguida. Ustedes saben mejor que yo todo lo que puede presentarse cada día y a decir verdad, lo que aunque aplicarnos a hacer nuestra oración lo más perfecta posible, eso depende más de Dieu que de nosotras.

Lo que depende de nosotras, es de soportar, de callarnos, de saber poseernos en las circunstancias desagradables. Por ejemplo, uno tiene dificultades para ser pacientes con las hermanas postulantes. Las hermanas de la cocina se lamentan algunas veces: "Ella hace todo al revés, hay que repetírla diez veces la misma cosa." Imiten a san Vincent de Paul, él soportó un día con una paciencia admirable un hermano que viene a interrumpirle veinticinco veces durante un asunto importante. Creanme, hermanas, que tuvo mucho mérito en esta virtud de la paciencia. La práctica oscura de esos actos, he ahí lo que santifica y atrae las gracias.

Sería necesario también, hermanas, que uno no se ocupará tanto de la perfección de los otros. Uno dice: "Pero esa

¹ Mt 27,46

hermana está en su error, ella no hace lo que debería hacer ". Estoy de acuerdo, pero no se preocupen. Piensen ante todo en su perfección. Supongamos que son aquí cincuenta. Si esas cincuentas personas estuvieran todas exclusivamente ocupadas de su perfección, ciertamente la casa sería pronto bien santificada.

Tienen muy seriamente todos estos pensamientos muy en cuenta. Son verdades elementares, les lo repito, un poco en el nivel de la tierra. Esos son los fundamentos que hay que poner en el alma durante el Noviciado. Es el estudio de las virtudes que habrán hecho en Rodríguez, deberían regresar a esa enseñanza.

Después, al final de un año, no sé si ustedes no lo han notado como yo. Lo que me impresiona lo más vivamente es, mirando un poco hacia atrás, la vista de todas las ocasiones que he dejado escapar y que hubiera podido practicar: la humildad, la paciencia.

Varias de entre ustedes no son quizás capaces de constatar lo que les digo. Hablo más bien de las hermanas jóvenes que no han tenido todavía más que pocos empleos. Más tarde estén tranquilas, eso vendrá.

Uno tiene algunas veces necesidad de un libro para el retiro del mes. Tomen su propia vida, vean dónde están en esto, cuáles son los actos de virtud que podrían hacer en sus empleos. Tomen los medios y las resoluciones. Hay de que ocuparse útilmente durante el día del retiro del mes.

αααααααα

SOBRE LAS RELACIONES MUTUAS

15 de mayo, sin indicación de año

Mis queridas hijas,

Haciendo leer ese capítulo sobre la sencillez y las relaciones mutuas, quería recomendarles a poner una gran atención en todo lo que podría herir las relaciones que tenemos las unas con las otras. Los dos grandes medios para llegar a hacer agradables nuestras relaciones mutuas son el silencio y la caridad.

Primeramente el silencio que es una de las ayudas de la caridad. Es necesario tener mucho cuidado de todas pequeñas cosas que son recomendadas afin de guardar bien el gran y el pequeño silencio: no hablar en tiempo de silencio si no lo es con permiso, y no decir por la necesidad más que las palabras que tienen relación al objeto que nos ocupa o a la cosa de que tenemos necesidad. El silencio ha sido instituido entre nosotras para dejarnos la libertad de pensar en Nuestro Señor y entretenernos con El de una manera más íntima. Es necesario cultivar esa vida interior tratando de escapar a esa necesidad que nos lleva a gastarnos en las cosas exteriores y en las conversaciones inútiles.

Después si les he dicho que el silencio era uno de los principales medios para conservar la caridad en las relaciones mutuas, debe indicarles también el soportarse mutuamente: es el espíritu que hace que uno es paciente, dulce, que no juzga, que no censura, que no es curiosa. En otro capítulo de la Regla se hace mención de todas esas bellas cualidades que debe tener la caridad tal que san Pablo la describe.

Estas palabras deberían convertirse en el sujeto habitual de nuestras meditaciones, porque nos encontramos cada día en la ocasión de practicar esta virtud. Esta caridad hará que cada uno de nuestras relaciones mutuas se conviertan no solamente en una virtud, sino también en una alegría y una dulzura.

αααααααααα

SOBRE LA SENCILLEZ Y LAS RELACIONES MUTUAS

29 de mayo, sin indicación de año.

Mis queridas hijas,

Leyendo ese capítulo de la Regla sobre la sencillez y las relaciones mutuas, yo encuentro que es ahí sobre todo que sería necesario hablar del espíritu de mortificación.

No hay religiosa, al menos lo espero de todas, que no desee avanzar en la perfección y que no esté dispuesta a hacer para eso algunas mortificaciones visibles, algunos sacrificios, algunos actos exteriores por los que ella vea que progresa. Pues bien, mientras más avanza en la vida religiosa, más estoy persuadida que la más grande perfección para el alma está en la mortificación interior y que es ahí que debemos aplicarnos. Mortificación de su voluntad propia, de su juicio propio, de su carácter propio, de su amor propio, afin de someter su voluntad a la de los otros.

Esto es muy útil para hacer la vida común fácil, pues no tienen todas la misma voluntad. El prójimo tiene una voluntad que no es la ustedes. Y es por la mortificación que cederán fácilmente a los otros, que se plegarán a la diferencia de los caracteres, que tendrán de dulzura para soportar a las niñas.

Hermanas, es en función de esta mortificación interior que avanzarán en la perfección y que se volverán envejeciendo más fervorosas y más santas.

Paso ahora a la edificación. Cierto, hermanas, no les pido que tengan los ojos abiertos sobre la conducta de las hermanas, pero en fin ustedes la ven. Decid, lo que edifica no es ver a una hermana fácil ceder a los demás, dulce en sus relaciones, paciente y ecuánime en su empleo, no teniendo ninguna voluntad propia, o al menos no pareciendo tenerla, y donde el yo está completamente destruido.

Lo que nos edifica, ¿por qué no lo haríamos? Si hay algunos límites en la mortificación exterior, no debemos temer el exceso de la mortificación interior, tener miedo de destruirnos demasiado, porque destruyendo nuestro yo, es Jesucristo a quien pondremos en su lugar.

αααααααα

FIESTA DE PENTECÔSTE

Sin fecha, sin indicación de año.

Queridas hijas,

¿Tengo necesidad de decirles que en este santo tiempo de Pentecostés es necesario pedir mucho el Espíritu de Dios? Este Espíritu que ha venido para ayudar a Jesucristo a terminar su misión sobre la tierra, ese Espíritu que ha bajado hoy sobre los apóstoles y los ha transformado en hombres nuevos.

Todas tenemos el espíritu en nosotras. Es el que nos conduce, nuestra inteligencia, nuestro juicio, nuestras vidas. Es el que, en el hombre, es lo más grande, lo más elevado, en el orden natural. Pero no debemos quedarnos en el orden humano, y por alcanzar el orden sobrenatural, hay que dejarnos conducir por el Espíritu de Dios, ese Espíritu que ha conducido Nuestro Señor durante su vida y que le ha hecho preferir en este mundo las cosas completamente contrarias al sentido natural, la pobreza, los sufrimientos, la humillación.

Los autores de la vida espiritual dicen que la perfección consiste en tener un alma sana en un cuerpo sano, es decir que el cuerpo esté sometido al alma y el alma a la fe. Es necesario que nuestra vida se convierta en una vida de fe, que los pensamientos de Dios replacen nuestros pensamientos.

Pero es también un tiempo de consuelo, pues este Espíritu es amor, es el amor del Padre, el Consolador que Jesucristo ha prometido.

Es necesario que durante estos días recemos mucho, permanecer en un mayor recogimiento e implorar una efusión de este Espíritu de Dios en nuestras almas.

αααααααααα

LA HUMILDAD

12 de junio, sin indicación de año.

Queridas hijas,

Quiero hablarles de lo que acabamos de leer sobre la humildad. Yo miro esta virtud como la más necesaria a una vida religiosa, y estoy convencida que la falta de humildad es la causa de las mayores tentaciones y dificultades.

La humildad es el fundamento más sólido y el más necesario de la vida espiritual. Es la base sobre la cual descansa todo el discurso de humildad, pero más bien en ese silencio de la humildad. Callarse sobre uno, no hacer caso de sí, contar por poco, no estimarse y no buscar la estima, no decir nada, no hacer nada para atraerse las miradas y la atención, buscar más bien a desaparecer y a hacerse olvidar. En las cosas pesadas que tocan personalmente, pensar siempre: "No es anda, eso no me atañe que a mí." Tener bajo sentimiento de sí misma, anonadarse delante el Ser de Dios, no ver más que a Él y no buscar más que sus intereses.

Santa Teresa decía que no hay que dejar de mortificarse y de humillarse que hasta la muerte. La mortificación corporal entra por una gran parte en la vida del Carmelo. Aquí tenemos más suavidad bajo ese aspecto, pero debemos ejercitarnos más en la mortificación interior.

Es siempre necesario mortificarse y humillarse, pero quizás más todavía cuando uno tiene una cierta edad, treinta, cuarenta años porque entonces uno está más establecida en la vida, el juicio está más establecido. Sobre todo entonces no buscar a hacer prevalecer en sus ideas, sus opiniones, no empeñarse en su juicio, no buscar a aparecer, pero más bien a borrarse y a pasar inadvertida.

Es a esta sola condición interior que la vida de Nuestro Señor Jesucristo podrá habitar en nosotros.

αααααααα

FIESTA DE SANTA MAGDALENA

22 de julio, sin indicación de año.

Mis queridas hijas,

Hoy celebramos la fiesta de una de las santas que han amado mucho más a Nuestro Señor. En la Cruz, Jesús se encontraba entre dos amores: el amor muy puro muy perfecto de María, que ninguna criatura podrá jamás alcanzar, y el amor penitente de Magdalena. Del uno al otro, la distancia es bien grande. No obstante, subimos al punto en el cual se tocan: la humildad. Para amar, es necesario ser humilde. Más uno es humilde, más ama. He ahí porque la Santísima Virgen, y luego Magdalena han amado tanto a Jesús.

La humildad de María no viene, como el de la pecadora, del conocimiento de sus faltas. ¿Qué vergüenza podía tener aquella cuya alma no estaba manchada del pecado original? Pero, iluminada por una luz mayor, ha conocido mejor, comprendido mejor la grandeza de Dios y la pequeñez de la criatura, y por lo tanto, del estado de dependencia, de sometimiento, de abandono completo y absoluto de ésta frente a su Creador.

Profundamente penetrada de todo la extensión de los derechos de Dios sobre ella, ella le ha dado todo, no sospechando que fuese posible disponer del más pequeño momento de una existencia sobre la cual ella amaba tanto reconocer el soberano dominio de Dios. Instrumento dócil entre sus manos divinas, se dejó modelar, trabajar según su beneplácito, sin que la menor resistencia la hiciera jamás salir de esta vía de sumisión, de dependencia, de servidumbre, de la que la criatura no debería jamás alejarse respecto de su Creador. Un conocimiento más grande, más profundo de las grandezas de Dios de una parte, de la otra, una penetración más grande de su propia impotencia y de su nada, he ahí sobre lo que ha descansado la incomparable humildad de María.

Magdalena saca en el conocimiento de su pecado los sentimientos de confianza que la lleva a los pies de Nuestro Señor. Y en eso, ¿la humildad de Magdalena no podría ser la nuestra? No hay que creer que el pecado de Magdalena sea aquel por el cual Dios se encontró grandemente ofendido y que sea únicamente digno de nuestro arrepentimiento y de nuestras lágrimas.

Sin duda, ese pecado es el más degradante en sí, el más humillante, el más vil. Pero el pecado de herejía, por ejemplo, es más considerable. Quizás no tenemos ningún reproche que hacernos sobre a este respecto. Pero ¿quién de nosotros, sin hablar del pecado original, puede hacerse la justicia de no haber jamás cedido a un sentimiento de amor propio, de no haberse prestado nunca a ningún de los movimientos, de los actos que él inspira? Decirlo o pensarlo sería un inmenso orgullo. María sola, por un privilegio concedido a aquella solamente que estaba llamada a ser la Madre de Dios, ha podido rendir ese testimonio. ¿Ha sido por eso menos humilde?

Pero para nosotras, ¿cuántas faltas, cuántas infidelidades no hemos cometido y cometemos todavía cada día? Pues bien, algunas oraciones, algunas obras satisfactorias, y he ahí, si lo queremos, que todas nuestras faltas veniales son borradas. ¡Cuántas veces no hemos estado regadas, purificadas por la Sangre de Jesucristo! Como a Magdalena, se nos ha perdonado mucho. Pero como ella, ¿hemos amado mucho?

Veamos un poco cuáles son, en esta santa penitente, las obras de su amor. Con que impaciencia busca Jesús. Para llegar a él, nada la detiene, ella se expone a las risas y a las humillaciones. ¿Ni siquiera piensa? Ella no piensa. Ver a Jesús, encontrar a Jesús, ¿qué le importa lo demás? Esta indiferente a todo. Con tal que lo vea, que lo sigue, tiene todo lo que desea. En vano Simón le prodigara los oprobios, en vano en el camino del Calvario el populacho la señalará con dedo... ¿qué le importa? Ocupada de Jesús, no escuchará más que Jesús, no verá más que Jesús.

Sepamos amar como Magdalena, y para eso seamos humildes. Como ella demos por base a nuestra humildad el conocimiento de nosotras mismas, de nuestras faltas, de nuestras infidelidades, tantas y tantas veces multiplicadas. Que este conocimiento nos haga siempre quedar, frente a frente de Dios, en el estado anonadado, reducido, sumiso, sujetado en todo encuentro, adorando profundamente, que conviene solo a la criatura.

αααααααα

I DOMINGO DE ADVIENTO

1° de diciembre, sin indicación de año.

Mis queridas hijas,

Quisiera recomendarles pasar perfectamente este tiempo del Adviento afin de prepararlo por la oración, por el recogimiento, por el espíritu de adoración y el espíritu de fervor para celebrar bien la fiesta de Navidad. El año eclesialístico comienza hoy. La gente del mundo comienza el suyo el día del año, nosotros comenzamos el nuestro con el advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Es necesario que esta época sea para nosotras un tiempo de renovación.

Acabamos de terminar un año durante el cual la vida de Nuestro Señor Jesucristo ha debido desarrollarse en nosotras. Hemos recorrido toda la serie de fiestas de su vida, las fiestas de la Encarnación, de la Natividad, de su infancia, los misterios de sus sufrimientos, su vida en el desierto, etc. Siguiendo el mismo orden de cosas, hemos honrado su vida pública, y continuamos a honrando su vida en los santos, pues la vida de los santos no es otra cosa que la vida de Nuestro Señor continuada en el tiempo por la Santa Iglesia. He ahí un año transcurrido. En esta ocasión, volvamos sobre nosotras mismas.

¿En qué medida durante este tiempo nos hemos acercado a Nuestro Señor? ¿En qué medida Nuestro Señor ha vivido en nosotras? ¿En qué medida nos ha comunicado su espíritu, ese espíritu de pequeñez, de humildad, de ofrenda, de adoración, de oración? ¿En qué medida nos ha comunicado su vida? Dentro de nosotras, ¿en qué medida hemos imitado a los santos? Ellos son nuestros modelos y han realizado perfectamente la vida de Jesucristo en ellos.

Hay que hacerlo no con tormento, porque lo que hagamos será siempre poca cosa, pero para hacer un acto de contrición, pedir perdón a Nuestro Señor, pedirle usar mejor de sus gracias y tomar resoluciones afin que este año de frutos nuevos.

Vivir con Jesucristo... Jesucristo más en nosotros, afin de que seamos más santas, que entremos más en el espíritu de la Iglesia, en el espíritu de los santos. En fin renovarnos enteramente afin de llegar a ser capaces de tener la vida de Jesucristo en nosotras.

αααααααααα

III DOMINGO DE ADVIENTO

Sin indicación de año.

Hermanas,

Esta semana de Adviento parece ser más particularmente la semana de la espera de Jesucristo. Nosotros encontramos en el Oficio muchas de las palabras que nos dicen de una manera imperiosa que esperamos al Señor: "He aquí, el Señor vendrá y no tardará... Ya el Señor esta cerca. Vengan, adorémosle."

Hay que despertar nuestra fe en la venida actual de Nuestro Señor porque, dentro de diez días, celebraremos la fiesta de su nacimiento. Hay que prepararse con fervor, pues la vida espiritual es una vida real. Hay que tratar de entrar en las disposiciones que la Iglesia nos sugiere por las palabras que la santa Liturgia propone para este tiempo.

Vamos hacer también dentro de algunos días la fiesta de la Expectación de la Santísima Virgen, que es como el modelo de los sentimientos que debemos tener en nosotras. Ella esperaba ver el rostro de Nuestro Señor, vivir con Jesús y también a sufrir con Él. Primeramente esperaba ver el rostro humano de Nuestro Señor. Para nosotras también, busquemos el rostro de Dios: es el objetivo de nuestra vida, y contemplarlo en el cielo será nuestra felicidad durante toda la eternidad.

Ya aquí abajo, a través de las sombras de la fe, podemos por la meditación del Evangelio representarnos a Jesús tal como Él era sobre la tierra. Podemos figurarnos qué majestad, qué amor, qué dulzura su rostro humano revelaba a los hombres. Pero lo que debemos sobre todo buscar, es formar en nosotras esa semejanza. Jesús es la imagen del Padre celestial y esos serán predestinados, aquellos en quien Dios encontrará la conformidad a la imagen de su divino Hijo.

Es necesario aplicarnos más particularmente, estos últimos días del Adviento, a formar en nosotras la semejanza de Nuestro Señor afin que Él aparezca en nosotras en las disposiciones de dulzura, de paciencia, de profundo bajeza, de desprecio de las cosas creadas, del amor por las cosas eternas.

Esperamos que Jesús venga a traernos más santidad, pero hay que esperarlo, deseirlo, no importa cuál sea nuestro pobre pequeño grado de amor. Jesucristo vino para retirar a los hombres del pecado. Gracias a Dios, no estamos inmersas en el pecado, pero sentimos las miserias que son las secuelas del pecado, y hay que levantar nuestro corazón a Dios por la confianza en Aquel que debe venir. La Iglesia nos compromete por las palabras de los libros santos. Ella quiere que los pusilamines tomen valor, que todos tengan confianza en el Salvador que nos ha sido prometido. No importa cuál sea nuestra impotencia, nuestra malicia, debemos esperar el Salvador.

La Santísima Virgen esperaba vivir con Jesús. He ahí además una realidad para nosotras. Jesús se hizo hombre para permanecer con nosotras, para ser el compañero de nuestra vida. Pero si él viene a nosotros, él no quiere estar molesto, quiere llevar una vida plena, entera. También tenemos que prepara nuestra alma, nuestro espíritu, para hacerle un gran lugar, para dejarle la libertad de depositar en nosotras los sentimientos de adoración, de amor de su Dios, de celo por su gloria y por la salvación de las almas, y también para dejar o rechazar todo lo que es contrario a las santas disposiciones. Es necesario que nuestro espíritu sea el resplandor de su espíritu, que nuestro corazón sea el resplandor de su Corazón, que nuestra voluntad esté enteramente sometida.

En el momento del nacimiento del Salvador, los ángeles han anunciado: "Paz a los hombres de buena voluntad". ¿Qué es la paz? Es el acuerdo con Dios y no hay más que esto y la buena voluntad para que Jesús pueda vivir en nosotras. Entonces nuestra alma glorificará a Dios, en una vida que podrá ser escondida a los ojos de los hombres, pero que será muy agradable a Dios si puede ver algo que parezca a sus ojos revestido de Jesucristo.

Además hay esperar como la Santísima Virgen sufrir con Jesús y por Jesús. María tiene un lugar extraordinario en la vida de Jesucristo porque ella era inmaculada, iba de virtud en virtud, jamás la menor imperfección no ha disminuido su caminar hacia Dios. No solamente ella ha compartido sus alegrías, sino ha participado a sus sufrimientos en un grado tal cual ninguna criatura no sabría pretender. Sin embargo tenemos todas en una cierta medida que sufrir con Nuestro Señor, y quién es la que no ha jamás tenido el presentimiento de algún sufrimiento. Ordinariamente lo que detiene nuestra generosidad, es que tememos los sufrimientos, las dificultades, las preocupaciones que podamos encontrar.

Sería necesario, para prepararnos a la fiesta de Navidad, elevar nuestros corazones, llevarlos a ser más generosos para Nuestro Señor sufriendo con Él. Su vida toda entera ha sido una vida de sufrimientos, uno puede decir que él viene por eso, porque él viene para expiar nuestras desobediencias. Si queremos unirnos a Él, hay que esperarse a

sufrir, pero no hay que espantarnos por el sufrimiento.

Nuestro Señor esta ahí para ayudarnos, como lo decíamos en el Oficio. Es nuestro brazo, es decir nuestra fuerza, desde por la mañana, y nuestra salvación en el tiempo de la tribulación. Con demasiada frecuencia esperamos la tribulación, pero ¿es qué pensamos en la salvación que Jesús nos trae, en el auxilio que encontramos en Él?

No es bastante llevar la Cruz sobre nuestras hombros, hay que llevarla en nuestra alma para ser encontrada en el último día parecida a Jesús. Así pues, cuando prevemos alguna pena, algún sufrimiento, en lugar de desolarnos, pensemos en buscar la salvación en Aquel que nos conducirá a través de las aguas de la tribulación sin ser sumergidas.

Propongámonos, con ocasión de esta gran fiesta de Navidad, buscar el rostro de Dios. Le corresponde a Él formar en nosotros el parecido con Jesucristo. Démosle nuestra personalidad para que él ponga sus pensamientos, sus sentimientos, en lugar de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos. Además propongámonos vivir y sufrir con Él, tomándole como el compañero de nuestra vida. Si lo esperamos así en unión con la Santísima Virgen, nos traerá gracias todavía más grandes.

αααααααα

